

ANDRÉS BARBA

*Las manos
pequeñas*



Las manos pequeñas se encuadra en esa selecta nómina a la que pertenecen *Los chicos terribles de Cocteau* o *El señor de las moscas* de William Golding, retratos sin complacencias de la infancia, conmovedores e inquietantes por igual, tan bruscos como líricos, a imagen y semejanza de esa etapa de la vida que Sartre denominó «la edad de la violencia».

Marina, de siete años, recién ingresada en un orfanato tras la muerte accidental de sus padres, se convertirá para todas sus compañeras en la admirada y la excluida, en la pauta que permitirá medir la vida que no se ha tenido y en el final del paraíso de la ingenuidad. Como en la vida, el dolor de amar lo que no se comprende se solapa al sufrimiento de no pertenecer al grupo, hasta que la imaginación crea estrategias para sobreponerse a la realidad e inventa el juego. Un juego que sólo podrá ser jugado seriamente, con la violencia con la que sólo se juega en la infancia.

Lectulandia

Andrés Barba

Las manos pequeñas

ePub r1.0
Titivillus 25.11.17

Título original: *Las manos pequeñas*

Andrés Barba, 2008

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Marina y Teresa,
que fueron niñas luminosas y oscuras, como éstas*

Y cuando la muñeca estuvo tan desfigurada que dejó de parecer un bebé humano, sólo entonces, la niña comenzó a jugar con ella.

ANÓNIMA, *Una mujer en Berlín*

Primera parte

Su padre murió en el acto, su madre en el hospital.

«Tu padre murió en el acto, tu madre está en coma» fue la frase exacta que escuchó Marina, la primera que escuchó. Se puede posar la mano sobre cada sinuosidad de esta frase, sobre esa frase preñada e incomprensible:

«Tu padre murió en el acto, tu madre está en coma.»

Los labios la pronuncian sin detenerse. Es una frase rápida y seca. Llega de mil formas distintas e imprevisibles, a veces sin que nada haya parecido anticiparla. Cae de pronto ahí, como sobre los campos. Marina ha aprendido a decirla sin tristeza, igual que un nombre ante los extraños, igual que mi nombre es Marina y tengo siete años, «Mi padre murió en el acto, mi madre está en el hospital».

Sus labios apenas se han movido y al terminar de hablar se han quedado impasibles, el superior ligeramente adelantado al inferior. Pero no es un gesto. Otras veces la frase es lenta, viene de muy lejos. Parece que la hubiese elegido a ella en lugar de ella a la frase. Es un retorno extraño a la casa y a los objetos que la componían. Huele. La dimensión de la frase se dispara hacia arriba y hacia los alrededores colmando el aire de espesor. Se convierte en cosa. Pero una cosa ya para siempre velada, y entonces hay que decir:

«Mi padre murió en el acto, y luego mi madre en el hospital»,

y volver a través de ese pensamiento al otro, al verdadero, al lento del accidente. Nada más frágil que aquella superficie. Nada más lento ni más frágil. Primero era el sonido de la carretera bajo los neumáticos, el sonido sordo y marítimo de la carretera, el contacto del asiento de atrás, un contacto en el que la amenaza era al principio prácticamente imperceptible.

Un segundo después ya se había quebrado. ¿El qué? La lógica. Como una sandía sobre el suelo, de un solo golpe. Empezó como una grieta del asiento en el que estaba sentada, el mismo tacto ya no era el mismo tacto, el cinturón de seguridad se había vuelto descarnado. Antes, mucho antes de la colisión, era la suavidad del asiento que había sentido tantas veces, la tapicería compuesta por rayas blancas muy finas, en las que de pronto algo había quedado modificado. La voz de mamá a papá:

«No adelantes.»

Y a partir de ahí la fisura que nacía del asiento, que envolvía de nuevo el sonido ensordecido de la carretera bajo los neumáticos en la aceleración del coche.

El golpe fue brutal.

El automóvil se elevó por encima de la mediana, y cruzó boca abajo el carril contrario hasta estamparse contra unas rocas que quedaban junto al arcén. Y toda la escena, que Marina no fue capaz de recordar con fidelidad hasta que hubieron pasado cuatro meses del accidente, nacía de la velocidad, era velocidad pura. No se veía nada en ella porque no había nada en ella que desentrañar.

Era también sonido. Un sonido violento, pero alejado del acontecimiento mismo que lo producía. Un sonido vacío y discontinuo, que estallaba e inmediatamente quedaba como ensordecido en la distancia, incapaz de sostenerse o de prolongarse y que sin embargo iba acompañando el objeto del coche que volaba sobre la mediana hasta quedar boca abajo.

El coche caía, y donde caía se transfiguraba. El coche se hacía lugar. Más que nunca era entonces necesario volver a la frase. Como si sólo esa frase entre todas las posibles para describir el accidente tuviera la virtud de fijar lo que no podía ser fijado, mejor aún, como si sólo esa frase apareciera entre todas, tan a mano, tan fácilmente comprensible, para hacer disponible lo que no podía ser discernido de ninguna manera.

Y tras el sonido el silencio. No la ausencia de sonido, sino el silencio. Un silencio que no era una carencia ni una negación, sino una forma positiva, y que volvía sólido lo que hacía sólo apenas unos instantes había sido elástico y ágil, el sabor metálico de la garganta, la sed.

Marina recuerda haber tenido sed casi inmediatamente después de que todo se paralizara. Una sed implacable que formaba parte del silencio y de la inmovilidad y que ni siquiera pudo ser satisfecha cuando sintió las manos que le desabrochaban el cinturón de seguridad, el rostro de aquella mujer corpulenta y teñida de rubio, aquella otra voz masculina:

«No le toques la cabeza, déjala como está, no le toques la cabeza.»

Ella dijo: «Agua.»

Dijo «agua» como se piensa el agua cuando se descubre que el cuerpo humano está casi exclusivamente compuesto por esa sustancia, un agua abstracta y hecha cuerpo sólido.

«Niña. ¿Estás bien? ¿Puedes oírme?»

La mujer corpulenta de pelo teñido se inclinaba ahora un poco más con la botella en la mano. Marina podía ver cada una de las raíces negras de ese pelo pero nada arraigaba dentro de ella; ni el líquido que le daban de beber, ni el sabor metálico de la sangre en las encías, ni las raíces del pelo de la mujer corpulenta, tenía la impresión de que en su interior todo era barro, todo había quedado blando, informe, resbaladizo.

«Es el brazo lo que tiene dañado, la cabeza parece que está bien.»

La conversación le llegaba ahora ensordecida. Sintió una mano que le palpaba la nuca y que bajaba lentamente hacia la espalda, era otro hombre, tenía una mano enorme, una mano que podría partirla en dos si quisiera, y que sin embargo era delicada.

«No tiene las vías respiratorias obstruidas.»

«¿Cómo te llamas?»

«Marina.»

«¿Puedes moverte, Marina?»

«Sí.»

«Trata de recostarte sobre esta camilla.»

Los brazos la elevaron y sintió el dolor por primera vez. Una descarga eléctrica que abarcaba el tronco completo y que inmediatamente después cedía, estancándose también, como la sed. No podía mover el brazo izquierdo.

«¿Qué es eso blanco?»

«Son las costillas.»

Y cuando se inclinó vio por primera vez la dimensión de la herida: el brazo inmóvil, la carne abierta, la carne con un corte limpio que hacía caer la piel como un velo, las costillas. Había que llegar íntimamente a la frase que lo cerrara, a la frase a punto de desaparecer:

«Marina, tu padre murió en el accidente, tu madre acaba de morir.»

A su lado habían dispuesto ya todo para un ataque de pánico, pero el ataque no se produjo. Marina se había quedado mirando todavía la frase como si se tratara de un reactor; de una parte a otra de la habitación del hospital se había quedado mirando la estela blanca de la frase. La niña no se derrama, no llora, no reacciona. Eran tres personas, dos mujeres y un hombre, con batas blancas y zapatos negros, tres personas con piernas y brazos y esa cualidad fantástica, casi mágica, que para Marina habían tenido siempre los adultos; pero en éstos había algo que había cerrado el paso definitivamente a la magia. Se esperaba de ella que entendiera aquella frase. Pero la niña no llora, no se derrama, no reacciona. La niña vive todavía en los suburbios de la frase. O tal vez era tan sólo que la inteligencia imaginativa mantenía aún separado lo que no podía unirse de ninguna manera. La frase era todavía pulida y limpia y superficial como los zapatos negros de los adultos.

«¿Entiendes lo que te hemos dicho?»

«Sí.»

«Te hemos dicho que tus padres han muerto.»

«Sí.»

«Los dos.»

«Sí.»

Había que decir «sí», siempre «sí». Un «sí» que fuera tan superficial y pulido como los zapatos. Número y palabra: «sí». Silencio y sonido: «sí». Palabra desprendida del lenguaje, previa al lenguaje, sola, pura, límpida.

Marina despertó con la sensación difusa de tener algo todavía por hacer, de no haber cumplido con una obligación frente a los médicos que venían todos los días por la mañana y por la tarde. La obligación, quizá, de ser humana, de llorar y patalear, de sufrir. Durante aquellos dos meses de convalecencia, Marina se adentraba en las miradas como en un baño. Sólo cuando los médicos estaban a punto de venir sentía la ausencia de sus padres, pero de una forma tan abstracta que nunca llegaba a manifestarse, como alguien que está a punto de comprender una frase y después no la comprende. Dejaba caer las manos sobre la sábana, sobre el dibujo de la casa que le había ordenado pintar la psicóloga, no porque fuera un gesto, sino porque dejar caer las manos era una forma de alojar la pesantez del dolor del brazo en el papel, junto a la casa, la montaña y el árbol, encima del sol y de la nube algodonada.

«Haces muy bien las casas.»

«Los árboles es lo que pinto bien.»

«¿Me enseñarías a pintarlos?»

«Primero haces un palo gordo. Luego tres picos. Todo en marrón. Y luego las hojas, con el verde claro.»

«¿Así?»

«Sí, pero apretando menos fuerte. Yo los he pintado muchas veces. Que por eso lo hago tan bien.»

«Mira lo que te he traído: una muñeca», dijo la psicóloga.

La muñeca era densa y pequeña. La psicóloga se la regaló para convertirla en una niña de una vez por todas.

En el principio era el delirio. Ella, con sus ojos abiertos, ojos de plástico, y con todo ojos conmovedores que se abrían y cerraban. Para cerrarlos había que tumbarla y decir:

«Ahora de duermes, muñeca, te duermes, ¿a que sí?, te duermes porque es de noche y estás cansadísima y hay que dormir, muñeca.»

Ella, allí, en la cama.

Muñeca repetida una y otra vez, muñeca siempre esperando a que le levantaran los brazos y la cogieran en alto, pasado pequeño, soledad pequeña. En cada mano tenía tres dedos. Y un vestido verde claro. Y una boca pintada que sonreía. Y unas piernas que no se podían doblar. Atravesaba los espacios como si nada, desde la cama a la

superficie de la mesilla, desde la covacha íntima del cuarto de baño hasta el futuro incalculable de la ventana, siempre volando en las manos de Marina. Un día dijo:

«Te llamas como yo, Marina.»

De pronto, como si hubiera tenido una revelación:

«Te llamas Marina.»

¿Y si muy pronto tuviese Marina, como ella, cada vez menos recuerdos, poquísimos recuerdos, no tuviera recuerdos en absoluto?

«Te llamas como yo.»

Porque sólo la muñeca no mentía. Sólo ella permanecía quieta, como en mitad de una larga vida. Su mirar era distinto; las horas pasaban sobre ella siempre alertas, como en una visionaria; ojos alucinados, sin pestañas (se le habían orto, no se cerraban ya aunque se la tumbara).

«Ahora ya estás siempre despierta, muñeca, te has roto.»

Pero no se había roto en absoluto. Vista de cerca se veía lo que no se había visto nunca; la piel, la realidad de la piel; Marina se quedaba hechizada en el recodo de la oreja, del labio, en la doblez del plástico, piel que se dejaba mirar, demasiado cercana, demasiado real para ser verdadera. Acercaba su cara hasta la suya, sacaba la lengua, le lamía los ojos.

«Ahora ves mejor.»

Y siempre veía mejor. El pasado, el presente, el futuro. ¿Qué pasaría si dejara Marina a la muñeca sobre la repisa de la ventana durante muchos días, mirando a la gente que caminaba por la calle? Sencillamente: que terminaría por saberlo todo y se haría cada vez más grande, que le reventarían las costuras de la espalda, como la cicatriz del hombro a Marina, y alguien tendría que venir a hacer saltar cada uno de los puntos con unas pequeñas tijeras negras.

Fue acercándose el día en que debía dejar el hospital. La psicóloga le había dado la noticia hacía una semana, pero no había añadido ninguna información más. Se iba a marchar. ¿Adónde? No lo sabía. A una isla. A una montaña. Al mar. No al mar, a un mar. Todo era «uno», un espacio que ya existía. No era tanto el horror de marcharse lo que atemorizaba a Marina; sino aquel espacio sinuoso y pensado, lleno de antemano, sobreabundante. Un día se lo preguntó a la psicóloga:

«¿Adónde voy a ir?»

«A un orfanato.»

Pero la palabra aún no significaba nada para Marina.

También los doctores se despidieron. Vino cada uno con su bata blanca, diciendo los tres que estaba muy guapa, sonriendo los tres, titiritescos, marionetas con prisa que enseguida se marchaban porque tenían muchas cosas que hacer. Se habían quedado allí, diciéndole que levantara el brazo por última vez, preguntando si le dolía en esa o en esta otra postura.

«Vas a ir a vivir a una casa nueva, ya verás, con otras niñas, un sitio precioso», dijo la psicóloga.

«¿Sin padres?»

«Sí, pero muy bonita, ya verás.»

Luego, un segundo después, ya no estaba la psicóloga.

Marina se meó encima. Sintió la orina caliente y ácida resbalar por la pierna hasta los zapatos, y la vergüenza, que también era caliente; una masa oscura, robusta, inaplazable. Lloró porque era esclava de aquella vergüenza caliente. El rostro de Marina, cuando la psicóloga volvió a entrar, le hizo pensar en alguien que acabara de cruzar un miedo espantoso, y sintió deseos de tranquilizarla. Dejó caer la mano sobre su espalda, una mano sin convicción, como las palabras que acababa de pronunciar, tan pesada como una noticia.

«Mira, te he traído unas chocolatinas... ¿Te has hecho pis?»

Habría sido humillante contestar que sí, de manera que no contestó nada.

«No llores, ven, vamos a cambiarte.»

Y sin embargo la vergüenza no cesaba con las bragas secas. La vergüenza era elástica, algo que se extendía, como el sonido marítimo de la carretera bajo las ruedas del coche.

Anticipar el orfanato era tan difícil; ella no sabía cómo hacerlo. Al no poder imaginarlo las imágenes salían mezcladas y a borbotones, como un estertor. Para adormecerlas miraba a la muñeca. Alguien había ido a su casa y le había preparado una maleta precaria. La ropa de invierno y la de verano habían quedado allí entremezcladas.

A Marina le ardían las mejillas cuando el coche se detuvo frente a la entrada.

«Es bonito el sitio, ¿no?»

Y era verdad.

«Sí, es bonito.»

Pero había algo más; era también altivo. Se erguía con una impaciencia extraña, como si sobre el jardín hubiera otro jardín, y sobre la planta del edificio alguien hubiera trazado un dibujo en el aire, una línea negra y finísima que sobre el perfil de cada una de las ventanas y las puertas hiciera parecer la casa subrayada en el paisaje.

«Es enorme», comentó la psicóloga.

Por el jardín sentía Marina una piedad en el estómago, amable, parecida a la cercanía. Una piedad en la que no se podía echar raíces, pero que, sin embargo, se podía amar. Por la casa sentía el miedo de la defensa, como si los dos —ella y el edificio— fueran en realidad dos personas que estuvieran sometidas a un mismo tirano irracional al que debían padecer. Desde la entrada de la verja por la que accedían los vehículos hasta el edificio del orfanato había un pequeño camino pavimentado que habían ido agrietando las plantas y las raíces de los árboles que rodeaban la estatua negra de santa Ana.

A primera vista su aspecto era conciliador. Abría los brazos en señal de acogida, unos brazos maternos, finos, y sin embargo negros, como inevitables. Su gesto no se percibía hasta estar muy cerca de ella, y entonces parecía más bien el de una niña, un

gesto infantil, negado por todo lo que aquella escultura tenía de anciano y de negro. Una viejita negra e infantil.

No había nadie aquel día; todas las niñas estaban de excursión y no volverían hasta el día siguiente. La directora tenía una falda marrón y unos zapatos negros, con las hebillas doradas. A pesar de que sus labios apenas se movían cuando hablaba, se tenía la impresión al verla de que estuviera siempre sonriendo.

«Tú eres Marina, ¿verdad?»

«Sí.»

«Yo soy la directora. Me llamo Maribel. Eres muy guapa, Marina.»

Y entonces sonó extraña aquella palabra «guapa», como si la hubieran partido en dos. Todo el discurso se hizo cómplice de aquel hechizo de la palabra rota; las habitaciones, los pasillos, la clase, el comedor, los cuartos de baño, los armarios, el payaso de la entrada que tenía el pelo rojo y una pizarra en la tripa en la que alguien había escrito:

Mañana excursión a la cola de caballo,

aquel *mañana* que ya era hoy, porque no estaban las otras niñas, porque no había nadie. Todas las apariencias se conjuraban para devolver el sentido a aquella palabra y Marina tenía ganas de decir que el comedor era «guapa» y que lo era también la clase, y las camas alineadas. Que «guapa» era un enorme agujero que todo lo absorbía.

Cenaron una ensalada, tres croquetas y una pera. Mientras tanto la directora habló de las clases, de los juegos, de las otras niñas, dijo sus nombres como quien enumera una lista memorizada. No había aún niñas dentro de aquellos nombres.

«Me han dicho que eres una niña muy buena», dijo al final la directora, cuando terminaron de cenar.

Marina se sintió alegre porque conocía el significado de aquella palabra. Su sonido y su textura no le resultaban extraños. A partir de aquella palabra ella estuvo atenta a la manera en que su propio cuerpo volvía a aparecer, jirón a jirón, sobre los platos vacíos y la jarra de agua que podía romperse.

«Sí, soy buena.»

«Hoy te vas a acostar pronto, que mañana vienen todas las demás, y tienes que estar descansada.»

La psicóloga y la directora la acompañaron de nuevo hasta la habitación, la desnudaron rápidamente. Marina se metió en la cama en silencio.

«¿Sabes cómo hacer para dormir? —dijo la directora—. Se cuenta cada respiración, despacio, hasta que esa luz roja se vuelve azul...»

La madera de los armarios era de momento sólo seducción pura, como lo eran los nombres de las otras niñas coloreados en los primeros cajones: Diana, Marcela, Julia, Sara, María, Ana, Mónica, Teresa, Raquel, Celia, Paloma, Irene.

Se levantó de la cama y puso la mano sobre ellos. ¿Pondrían ahora también su nombre, coloreado como los de ellas, en algún otro cajón: Marina?

Los leyó todo lo de prisa que pudo:

Diana Marcela Julia Sara María Ana Mónica Teresa Raquel Celi Paloma Irene.

Segunda parte

Antes la ciudad era alegre, nosotras éramos alegres. Antes se nos decía haced esto o lo otro, y nosotras lo hacíamos, volvíamos las manos, dibujábamos, reíamos, se nos llamaba ciudad fiel y encantadora. Teníamos los ojos altaneros y las manos firmes. Para todos éramos niñas.

Antes tocábamos la higuera del jardín y decíamos: «Esto es un castillo.» Y luego caminábamos hasta la escultura negra y decíamos: «Esto es el demonio.» Y volvíamos más tarde hasta la puerta del orfanato y decíamos: «Esto es la montaña.» Allí estaban las tres cosas; castillo, demonio, montaña, el triángulo en el que se podía jugar.

Y el espejo del pasillo.

Y nuestros vestidos de verano.

Y la noche en que mudaban las sábanas y era alegre entrar en las camas olorosas.

Y los días en que para comer había filetes san Jacobo.

¿No era como si comiéramos el filete con la misma boca, como si el queso de todas fuera un poco el mismo queso; una sustancia lechosa y nutritiva que nos sabía por igual? Era alegre el queso. Pero no había que equivocarse; luego venían las clases, que eran lentas. Y ese tiempo que pasaba entre la comida y la clase, y luego entre la clase y el descanso, se hacía enorme, quedaba como suspendido en el aire.

Siempre que terminaba nos gustaba jugar. Cantábamos mientras se batía la comba sobre la arena con su latigazo sordo. Para entrar había que estar atenta, anticipar el movimiento de la comba, la velocidad, amoldándola al estribillo de la canción. Una vez dentro, una se sentía despojada y tensa, como si cada uno de los latigazos de la cuerda se produjera cerca de la boca o en el interior del estómago. Cada golpe era una vuelta al mundo, inmediata y velocísima, que había que aceptar. Y también el juego del escondite: nos agachábamos detrás del árbol y una se convertía un poco en árbol; si no se movía era invisible. Tenía que permanecer allí, arrodillada, sintiendo en las rodillas los granos gordos de la arena del jardín que luego dejaban su marca sobre la piel, hasta que decían el nombre de una, y había que salir corriendo para salvarse. Qué extraña palabra ésta: salvarse.

Una tarde la adulta nos dijo:

«Vendrá una niña nueva. No tengáis miedo.»

Pero no es verdad; no sentíamos miedo al principio.

Cuando Marina no había venido aún, al principio, fue la especulación.

No sabíamos amar de otra manera.

Íbamos preparando los lugares, amábamos cuanto nuestra imaginación nos ponía ante los ojos. Algunas de nosotras decían que sería grande, otras que de nuestro tamaño, unas que sería muy guapa, otras que no. Ése fue su primer triunfo; ya no éramos iguales. Nosotras, que habíamos sido domesticadas, que no distinguíamos nuestros cuerpos los unos de los otros, que deseábamos lo mismo, ya no éramos iguales. Había allí manos que no conocíamos de pronto, nos volvimos extrañas. De un segundo a otro algo se había partido: la confianza. Fue como si, después de un pequeño vacío, todas hubiésemos aprendido mucho y fuera triste ese aprender, tan distinto a la tabla de multiplicar, a la «g» y la «j», al libro de ciencias naturales. Ese aprender hería, bajaba como un río desde las escaleras de arriba, donde viven la directora y las adultas.

¿Por qué ya no había alegría en esto: «Compadre, cómpreme un coco. Compadre, coco no compro porque el que poco coco come, poco coco compra, y como poco coco como, poco coco compro»? Es que ya no había música allí, ni cocos ni palmeras que una se imaginaba bailando, sólo palabras como piedras que no se encontraban. Un anticipo de Marina que ahora sí daba miedo calcular.

Luego, un día cualquiera, llegó de verdad.

Veníamos de excursión y el milagro se hizo; no había en ella nada especial. La puerta se abrió y de aquel hueco salió una niña morena, una forma bonita, pero no demasiado, con las manos caídas, unos zapatos que no eran como los nuestros, recortada delante de la estatua de santa Ana, casi tan negra como ella, una forma que no hablaba ni sonreía, con una muñeca en una mano y un palo en otra. Ahí tan cerca, como nosotras, a nuestra altura.

Nos dijeron: «Ésta es Marina.»

Y sin embargo no miraba igual, sino con ojos de niña oscura. ¿Cómo describirla? ¿Cómo decir: «Así era Marina cuando la vimos por primera vez»? Luego podría ocurrir que una se cansara, que comenzara a describir y tuviera que estar continuamente volviendo hacia atrás para aclararlo, y nada de lo que se dijera sería cierto, sino sólo la sensación de que no se podía ver el fondo de esa niña.

Durante todo el rato atendía.

Sus ojos se hacían más pequeños al pensar; era como si se recluyera en ese hueco, y se alimentara allí de pensamientos. Luego, al levantarse, se dirigía tanteando las cosas, pesada, pero como si estuviera a punto de dar un tropezón y volar.

«No sé qué hacer con esta niña», dijo la adulta.

Tampoco nosotras sabíamos qué hacer con nuestro amor; esa cosa pesada.

Venía por sorpresa y a escondidas, cuando parecía que ya no iba a regresar. De pronto, en un golpe, estaba allí. Copiábamos y de pronto descubríamos que las líneas del dictado de la clase de lengua se nos habían torcido, o que mientras copiábamos nos habíamos saltado una palabra, o que habíamos hecho una mancha, o que con el

brazo habíamos ensuciado el final de la página, o la habíamos doblado sin querer. Y era Marina la que había sobrevolado por encima del fallo.

Todo cuanto estaba a su alrededor se contaminaba; también nosotras.

Pero al llegar al recreo y salir al jardín todo cambiaba otra vez; Marina se hacía más pequeña y nosotras más grandes. Se quedaba sola, con la muñeca junto a la estatua de santa Ana, mirándonos. ¿O era la muñeca la que nos miraba? ¿Quién era la muñeca en realidad? Porque también a veces la muñeca miraba como Marina, también a ella le salía como un alma sedienta y tenía las manos crispadas, junto al cuerpo, y callaba aunque una le ofreciera jugar, y echaba la cabeza hacia atrás y hacia delante, cosas que nosotras no sabíamos que pudiera hacer nunca una muñeca. También ella parecía perseguida o expulsada; vista desde arriba, si se la ponía en el suelo, era como una niña y nosotras parecíamos adultas, y pensábamos que así éramos un poco nosotras, una cabeza pequeña que casi no se podía ver, a la que había que levantar para verle la cara. Y es que también su cara era como las nuestras, pero detenida y llena, igual que después de un susto.

«Que se le han roto los ojos, por eso no los puede cerrar. Hay que chuparle los ojos para que vea, si no, no puede ver.»

Marina ofrecía la muñeca, era lo primero que había dicho. Nosotras sacábamos la lengua hasta sentir en la punta la frialdad del cristal de los ojos. Y era verdad: entonces veía la muñeca. ¿No es así un ojo que ve; abierto, azul, impenetrable? ¿Y si de pronto hablara la muñeca? Las adultas se asustarían, pero nosotras no, pensábamos. Una vida minúscula que era fácil amar. De pronto todo nos venía de la muñeca: hasta la inocencia, porque nos parecíamos a ella y ella se parecía a nosotras. ¿De qué nos habría servido decir: «Es bonita, nos gusta la muñeca»?

Y todo porque Marina había venido.

Igual que el baño por las mañanas.

Antes nos colocábamos en filas junto a los lavabos: primero había que lavarse los dientes, luego nos desnudábamos y dejábamos cada una la ropa en la banqueta. También era alegre el vapor del agua caliente y el champú, siempre había una broma que hacer. Cuando se estaba dentro del agua era distinto y una se olvidaba y se sentía un poco sola en ese placer, como si la hubiesen abandonado, sentía la mano que enjabonaba la espalda y las piernas, una mano invisible porque había que cerrar los ojos para que no entrara la espuma en ellos.

No sabemos quién fue la primera en verlo. Ni siquiera si lo vimos realmente: la cicatriz de Marina. Teníamos que defendernos de esa cicatriz que Marina no cubría. De pronto nos veíamos ver, nos veíamos entre las cosas, entre las demás, la veíamos a ella, veíamos su espalda, la veíamos caminando, veíamos sus ojos, su cara como una sensación indefinida de miedo.

No conocimos la tristeza hasta que conocimos la comparación.

Nacía de allí; como una brecha, de la cicatriz.

Nos veíamos y nos sentíamos desnudas ante aquel cuerpo que no era como nuestro

cuerpo. Por primera vez, una se sentía gorda o fea, sentía que era un cuerpo y que ese cuerpo no se podía cambiar. Igual que ella aparecía nosotras aparecíamos: estas manos, estas piernas, ahora sabíamos que éramos así, ineludiblemente. Un descubrimiento con el que no se podía hacer nada, que no *servía* para nada. Nos movimos unas contra otras cuando se acercó. Nos daba miedo tocarla.

«¿Qué os pasa?», preguntó la adulta.

Es que nos miraba y estaba tan cerca; parecía estar diciendo: «Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí.»

«¿Se puede saber qué os pasa hoy?», nos preguntaron.

Pero Marina no reaccionaba, no se acercaba. Estaba ahí, pacientemente; cerró también los ojos cuando se lo dijeron, y vimos la espuma que caía de su pelo resbalando por el cuerpo hasta los pies, y el remolino de la espuma en el desagadero lo vimos también, y la toalla con la que la secaron.

Aquél fue uno de los primeros descubrimientos de Marina: todos sus zapatos eran iguales; negros, con la punta redonda. Todas sus caras demasiado morenas, excesivamente curtidas por el sol. Todos sus vestidos demasiado alegres.

Sol y aire fluían por los vestidos, por las manos de las niñas, apretaban los juguetes con demasiada fuerza, habían sido desprovistas de algo infantil y sin embargo sus caras seguían siéndolo, como si sus cuerpos estuvieran prematuramente desarrollados para esas caras, o como si las caras avanzaran con retraso, siempre un paso por detrás de sus cuerpos.

Tal vez por esa razón resultaba tan difícil distinguirlas.

Marina empezaba por los zapatos, y elevaba luego la mirada. A medida que iba ascendiendo percibía las diferencias, unas rodillas más gruesas, unas piernas más delgadas, pero al llegar a las caras tenía la impresión de haberse equivocado en algún momento; aquellas piernas por las que había ascendido no pertenecían a esta cara en la que había desembocado, sino a otra más oscura que nunca terminaba de aparecer y cuya presencia si embargo se percibía; una cara común. ¿Qué importaba que una de ellas se acercara y dijera que su nombre era Diana? ¿No habría podido ser igualmente Sara, Julia, Marcela? Lo milagroso era que se movieran. Si se pensaba en ellas parecían permanentemente quietas y asombradas. Quién sabe si luego, cuando Marina retiraba la mirada y se agachaba hacia la muñeca, cambiaban y se distinguían entre ellas. En la clase las veía de espaldas e iba formando una figura imaginaria que iba desde el brazo de una a la cabeza de otra, saltando entre los pies y las faldas, entre los dedos. La figura imaginaria quedaba allí, detenida durante un segundo, y luego se desvanecía. Pero de pronto era de noche y estaban cenando.

Cuando dormían eran distintas.

Todas juntas parecían una recua de caballos pequeños y adormilados. Algo en sus rostros se destensaba y se hacía amable. Dormían con una paciencia monstruosa. Entonces, como si se tratara de un aceite, Marina tenía la impresión de que en aquellos rostros ascendían otros que en nada se correspondían con los rostros diurnos, unos rostros acabados y peculiares. Tenían una cualidad desafiante, retadora, a pesar de su aparente reposo, como un depredador dormido. Si se fijaba mucho, Marina podía llegar incluso a percibir el pulso de la sangre en sus cuellos, su olor mientras dormían, que era también un poco distinto del diurno, quizá un poco más dulzón, o

tal vez sencillamente un poco más acentuado. A algunas incluso les salían unos pliegues minúsculos, pequeñísimos, junto a las bocas, como unas agallas casi invisibles, y entonces parecían criaturas submarinas que sólo emergían durante la noche.

¿Por qué eran entonces hermosas?

No lo sabía. Marina vivía como absorbida por aquel signo elíptico de los rostros dormidos de las niñas. Esperaba la noche, fingía inmediatamente el sueño, y aguardaba a que las respiraciones fueran haciéndose pesadas. Contaba luego hasta cincuenta y cuando ya se había asegurado de que dormían se incorporaba un poco, para verlas mejor. Cualquier ruido la retraía y se acostaba de nuevo cerrando los ojos, volvía a contar hasta cincuenta.

Otras veces se incorporaba y el silencio sobrevolaba la habitación común, nada se movía. Se levantaba de la cama sintiendo el frío de las baldosas en los pies y se dirigía hacia alguna de ellas. Se acercaba hasta rozarla con los labios. Pensaba: «Si se despertara ahora me vería» y ese pensamiento la asustaba. Apoyaba la cabeza con mucho cuidado en la almohada; respiraba su aliento.

Igual que el dolor. Exactamente igual que el dolor.

También la psicóloga del orfanato giraba maniáticamente en torno a él. Le pedía que describiera manchas de tinta, le hacía dibujar cosas, y luego, de pronto, le preguntaba por sus padres y por el accidente.

El accidente:

«Mi padre murió en el acto, mi madre en el hospital.»

Era como asomarse a uno de aquellos rostros dormidos, olorosos y herméticos de las niñas. Incluso se podía decir: Ésta tiene la nariz pequeña, ésa los labios más gruesos que aquella otra, y ésta respira distinto, ésta pone los brazos sobre el pecho y ésa los deja a los lados, como muertos, hay una que parece que nunca cierra del todo los ojos y ésa es su manera de dormir.

«Dime qué recuerdas.»

«Recuerdo la tapicería: era oscura y con rayas blancas muy finas.»

«¿Cómo era la tapicería?»

«Era negra, azul oscuro casi negra, y raspaba.»

La enumeración de los detalles satisfacía a la psicóloga. La enumeración lenta, minuciosa, acabada. Marina se esforzaba por recordar hasta los colores y las formas más circunstanciales, palabras que transcribía apresuradamente la psicóloga en su cuaderno negro. Allí donde le fallaba la memoria inventaba de inmediato un color y lo ponía entre las cosas reales. Entonces parecía que la escena se modificaba y que los recuerdos eran cosas que se podían sacar del bolsillo y poner sobre la mesa. ¿Escribía o pintaba la psicóloga? ¿Estaba acaso haciendo una cara como la de las niñas? Sí, era eso: una cara dormida.

«¿Qué más recuerdas?»

«Había arenilla en el suelo del coche, sólo un poco, un montoncito, y yo la miraba y

pensaba que en la curva se iba a mover.»

«¿Y se movía?»

«No.»

Después, otra vez, siempre lo mismo:

«Que mi padre murió en el acto y luego mi madre en el hospital.»

Pero ahora la cadencia de la frase había cambiado también. Como si se tratara de una acusación, de un secreto vergonzoso, como si aflorara por debajo de la superficie de la piel igual que una planta pantanosa, ahora la frase crecía y era húmeda. El resto de las niñas hacía que no se pudiera vivir al margen de la frase. Mientras soñaba la frase tenía la sensación de que pasaba mucho tiempo sobre su rostro y que era antigua como un mueble, como un edificio.

«¿Y qué más pasó?»

«Que las líneas, que eran finas, se hicieron gordas.»

«¿Cómo es posible eso?»

«Sí, se hicieron gordas, y el asiento ya no raspaba; era suave. Y yo pensaba que dentro de mucho tiempo mis pies iban a llegar al suelo y entonces iba a poder mover el montoncito de arena con mi pie.»

En aquellos días comenzó a haber orugas en el jardín. Había que tener cuidado, ya lo decía la adulta, porque picaban. Se las veía desfilando majestuosamente, cubiertas de un vello finísimo, como pequeños abrigos de visón, siempre en fila india. Marina pensaba cómo sería la maquinaria de la oruga, qué aspecto tendrían los diminutos muelles, tornillos, palancas que hacían que se moviera así, como si cada vez que caminaran les recorriera una ola de escalofrío.

«Entonces sentí que me pasaba un escalofrío por todo el cuerpo. Que empezaba en la cabeza y terminaba en los pies.»

«¿Antes del accidente?»

«Sí.»

Y siempre se dirigían a los árboles, hasta que comenzaban a ascender. También las orugas tenían su máscara. Si se las miraba muy de cerca sus caras eran negras, ancianas y arrugadas, como la de la estatua, parecía que caminaban mucho más rápido. Daba vértigo pensar que eran peligrosas y picaban. Marina cogió un palo. Pensó un número: el cuatro. Contó desde la cabecera de la procesión. Una. Dos. Tres. Cuatro. Atravesó a la cuarta oruga con el palo. La oruga se encogió sobre sí misma, como bajo una descarga eléctrica, y sangró un líquido oscuro. Marina no podía hablar, ni desclavar el palo de la oruga. También el resto de la comitiva se inmovilizó de pronto, sólo un instante. Se le llenó la boca de saliva. ¿Qué movimiento, qué roce, qué sonido inaudible significaba aquello: «La cuarta de nosotras ha muerto»? ¿Cómo había viajado la noticia de un cuerpo a otro? Ocurrió algo extraño: se detuvieron por completo.

«Entonces ya nada se movía.»

«¿Dices después del accidente?»

«Sí, después, justo después.»

«¿Nada?»

«Sí, nada. Y yo pensaba que si me quedaba quieta todo el mundo se iba a convertir en piedra y yo también me iba a convertir en piedra.»

«¿Y qué pasó?»

Sucedió el círculo. La figura del círculo. La inmovilidad no era real. Poco a poco el resto de las orugas comenzaron a cabecear, como si se volvieran hacia un centro en el que debían hacer una reverencia, un centro que era la cuarta oruga. Marina se dio cuenta entonces de que no estaba sola, de que el resto de las niñas se había reunido a su alrededor. La cuarta oruga aún se movía. ¿Suplicaba algo? ¿A cuál de las orugas que la rodeaban quería más la cuarta oruga? El movimiento del resto no se había cerrado aún del todo, igual que no se había cerrado aún el corro de niñas que rodeaba a Marina. Comenzaba a sentir sus respiraciones alrededor, su contacto en la espalda. Había una cabeza que miraba por encima de su hombro. Si se volviera le daría un beso sin querer.

«No se movía nada, y nos convertimos en piedra de verdad, y yo sentí cómo mis manos y mis ojos y mis piernas eran de piedra, y que todo lo que yo miraba era de piedra, y que hasta el coche era de piedra, y había un mago que nos había convertido en piedra.»

«¿Un mago?»

«Sí.»

Pero el aliento de las niñas no dejaba hundirse en aquella ilusión. Marina no desclavó el palo hasta que la cuarta oruga dejó de moverse definitivamente, y cuando lo hizo todas descubrieron que la había partido en dos, que la cuarta oruga era ahora dos orugas. El círculo fue cerrándose. La comitiva también. De unas a otras saltaba una suposición, un mensaje que se transmitía a través de la piel, de los filamentos casi transparentes de sus cuellos. Tal vez las orugas deliberaban ante el cadáver, lloraban a la cuarta oruga, había que hacer creer a la muerta que no se la abandonaba sin dolor.

«¿Y cómo era el mago?»

«Es que yo al mago no le vi.»

«¿Entonces cómo sabes que era un mago?»

Ahora Marina sentía que estaba rodeada de bocas, que cada niña era una boca y que de ellas salían colmillos. Y que cada colmillo era duro. Las orugas se acercaron tanto a la cuarta oruga que casi la cubrieron por completo. Desde fuera, desde la mirada asombrada de las niñas, parecía que la comitiva hubiese decidido al fin devorar el cadáver de la cuarta oruga, como si a las vivas les hubiese entrado una violenta y repentina codicia de la quietud de la muerta. ¿Qué había sucedido? Fuera lo que fuera, había brillado como una fulguración por un segundo en los ojos de todas las orugas de la comitiva. Marina sentía los cuerpos de las niñas definitivamente sobre ella. El círculo se había cerrado; todas estaban allí.

Trató de escapar. Con horror tuvo la impresión de que le cerraban el paso,

obligándola a inclinarse con ellas sobre el círculo. Las palabras que decían las niñas le llegaban ahora veladas a Marina. Avergonzada, pensó que las niñas se estaban vengando de que ella las espiara por las noches. Comenzó a empujarlas con desesperación, sintiendo cómo aquel muro de carne se cerraba y se hacía espeso.

«Era un mago porque siempre es un mago, porque sólo los magos pueden convertir las cosas en piedra.»

«Pero tú no le viste.»

«Un poco sí le vi.»

«Y cómo era.»

«Era grande y negro, como la estatua.»

Grande y negro como la estatua era el espesor de las niñas. Ahora que la encerraban en el círculo de las orugas y no la dejaban salir sentía sus caras cerca por primer vez, mucho más que durante la noche, cuando las espiaba. El moreno cetrino de sus caras. Vistas a la luz del día tenían pequeñas manchitas negras junto a los ojos y las bocas, manchas como señales minúsculas, como las manchas del negro de las caras de las orugas. Marina desistió de empujar y se encogió sobre sí misma todo lo que pudo. Cerró los ojos. Las niñas hablaban de las orugas, cogían el palo nuevamente del suelo, lo acercaban a las otras, examinaban la sangre de la cuarta oruga como si trataran de resolver un misterio. Su único pensamiento era éste: «que no me toquen». Luego, poco a poco, fueron alejándose de ella.

Abandonaron el palo junto al árbol y casi enseguida pudo escuchar sus voces al otro lado del jardín saltando otra vez a la comba, gritando. Cuando Marina abrió los ojos la comitiva de las orugas comenzó a replegarse también. Lentamente rodearon la belleza rota de la cuarta oruga y reiniciaron su ascensión majestuosa hacia la higuera. Si ella fuera del tamaño de las orugas vería la higuera como la veían ellas; un acantilado rugoso y descomunal.

Pero no todas se había ido. Junto a ella había permanecido una de las niñas. Marina la miró como a una superviviente después de una catástrofe; no sabía lo que había en aquel rostro, si felicidad o tristeza.

«¿La has matado tú a la oruga?», preguntó.

«Sí», contestó Marina.

Vista de cerca era como las otras. Todo en ella era anónimo. La niña se inclinó y recogió el palo del suelo, lo observó lentamente, se lo tendió a Marina.

«¿Las has matado con este palo?»

«Sí.»

«¿Y por qué?»

«He pensado un número. Y he dicho: el cuatro. Luego he contado las orugas y he matado a la cuarta.»

Ahora que estaban las dos juntas parecía que de nuevo caía su cuerpo entre ellas. La cuarta oruga era demasiado aplicada para ser un cadáver corriente; contenía aún esa comunidad lenta que la había abandonado, el líquido negro que había sangrado se

había vuelto ahora casi transparente.

«¿La enterramos?», preguntó Marina.

«Bueno.»

Se sentaron juntas allí mismo, y comenzaron a cavar con las manos. A veces se tocaban y rehuían inmediatamente el contacto. Era como si comenzaran a sospechar lo brutales que pueden llegar a ser algunos gestos físicos del amor y tuvieran miedo de anticiparlos en el contacto de sus manos mientras abrían una pequeña fosa para la oruga. Tal vez el comienzo no era más que eso; algo que las dejaba muy cerca. Con los ojos abiertos se compadecía más a la oruga muerta, se deseaba hacerle una tumba bonita, una tumba que contuviera todo lo que la oruga había sido; la cuarta en la procesión, la preferida de otra oruga que ahora lloraba.

«Que mi padre murió en el accidente y luego mi madre en el hospital», dijo Marina de pronto.

Quería acercarse a ella y a la oruga. La niña se volvió hacia atrás y miró en dirección a la entrada del orfanato.

Eso que era negro y estaba lleno de gracia: la estatua.

El cuerpo de la niña se agarrotó. Marina había arrojado la frase como una piedra a un acantilado; ahora esperaba escuchar el sonido que le diera la medida de su profundidad. Pero la piedra no tocó fondo, siguió cayendo, en el vacío.

La piedra había quedado suspendida.

Y poco a poco, como si hubiese dormido delante de ella, se hizo muy tarde. Hubo que volver a clase.

El edificio se había cubierto de sombras pero nosotras no, todavía. A nosotras nos ponían una película por la noche y seguíamos alegrándonos, y la vivíamos con tanta fuerza que a veces llorábamos y nos asustábamos y tenía que venir la adulta a decirnos que no era verdad, que era una película lo que veíamos, que nuestros sentimientos tampoco podían ser reales.

Nos preguntábamos lentamente, casi sin motivo: «¿Y Marina?»

Marina no se emocionaba. La mirábamos de reojo. «¿Y Marina?»

Nos encogíamos de un frío que parecía venir de ella y cuando volvíamos a abrir los ojos percibíamos que en realidad habíamos estado pensando, que Marina era nuestro pensamiento. Como la película había pasado, Marina había pasado. Como en la película había que hablar después y decir las partes que nos habían gustado y las que no, y hablar era un acto de amor que nos unía porque mantenía viva la película. Al recordarla era como si apareciera de nuevo allí, vibrante, con un placer parecido a un tintineo.

«¿Y a ti, Marina, te ha gustado la película?»

«Yo la película la había visto ya, en el cine, por eso ya sabía quién era el malo, y me ha gustado menos, porque las películas gustan menos casi siempre la segunda vez que las ves.»

De pronto no supimos qué hacer con eso. Como si Marina hubiese visto ya todas las películas, hubiese hecho ya todas las excursiones, hubiese jugado ya a todos los juegos, había algo atroz en su pasado. Cuánto había vivido ya..., enterraba la cabeza en la almohada y lo veía todo, recostaba la cabeza y pesaba como una piedra llena de recuerdos, apretaba con la mano el lápiz (¿cuántos lápices había tenido ella: miles, millones?) y también el lápiz tenía un poco de envidia, y quería que escribieran con él toda esas cosas que Marina ya sabía.

«Por eso cuando la he visto desde el principio sabía quién era el malo y me decía: *Ése es el malo* y, claro, no era lo mismo que la primera vez.»

Nosotras habíamos sido felices antes de que llegara Marina con su pasado. Nos contuvimos entonces. Pero luego salíamos al jardín y no sabíamos qué hacer con nuestro pensamiento, nos asaltaba un sentimiento de ira y de sorpresa, queríamos roerla poco a poco. Le decíamos:

«Ven, Marina.»

Y cuando estaba cerca le tirábamos del pelo. Una sensación de náusea nos llenaba la boca de saliva que parecía sangre: qué fácil era humillar. Pero es que también ella era una humillación para nosotras. Sin mediar palabra nosotras le habíamos tirado del pelo. Tal vez a Marina le habían tirado otras veces del pelo, pero jamás como nosotras.

«Y luego, un verano, fuimos a la playa, y yo tenía muchas amigas, y un día hicimos una excursión en barco.»

Al sentir de nuevo el tirón en el pelo su rostro se arrugaba, le pasaba por la mirada un rumor sordo. Como una presa con la boca abierta. Y después seguía andando y moviéndose en la penumbra igual que un vampiro; ahora tenía miedo de recordar, se encogía un poco hacia adentro y ponía una cara pequeña, y en los recreos comenzaba a alejarse un poco. Se tumbaba sobre el suelo y trenzaba briznas de hierba.

Entonces la queríamos furtivamente. Sus ojos serios sonreían, el edificio volvía a descansar, había que estar quietas y esperar, volver a mirarla: era un poco como si nos enamoráramos de ella, de su cuerpo, de sus recuerdos. Ella no podía comprender nuestro amor. Podía estar de acuerdo, eso era todo, si nos acercábamos, y asentir con la cabeza aceptando su miedo alegre porque ahora estábamos por fin allí y éramos tantas y le tendíamos la mano. El balón era redondo y rugoso. Balón de baloncesto, marca Adidas, marrón oscuro, que botaba muy poco, algo gastado en las letras. Misterio de la niña, misterio de la niña botando el balón muy fuerte que se acercaba a la canasta del patio y había que gritarle:

«¡Aquí!»

Ella se volvía y pasaba el balón con fuerza, todo el cuerpo tenso, el sudor marcado en las sienes, las piernas delgadas. Qué fácil era todo jugando al baloncesto. Entrábamos allí en el cansancio, un espacio profundo y lleno de sentimientos; el balón rebotaba tres veces en el aro y luego, muy despacio, no entraba dentro, y había que gritar «¡Ay!» muy fuerte, sintiendo venir el grito desde el estómago, porque Marina estaba allí, y había tirado y casi había hecho canasta. Íbamos diez-doce. Marina se volvía más vulgar, menos seria y guapa, y su risa cuando no entraba el balón era entre alegre y asustada. ¿Era ella o nosotras? ¿La estábamos perdonando? ¿Era eso el amor: esas ganas de querer verla jugar siempre, ya siempre, un partido de baloncesto sin final, eterno, empatado o casi siempre empatado, para que fuera más emocionante? Pero luego terminaba el partido y había que volver a clase. En el tiempo que unía el reír con el comer nos volvíamos serias otra vez; calcábamos los dibujos de Mickey Mouse en la ventana, porque era más fácil, y el de Marina siempre salía mejor, casi el Mickey Mouse de verdad, y era como si su Mickey Mouse estuviera en realidad lleno de tiempo, de memoria, de cosas que había visto y tocado. Un Mickey Mouse nuevo, que nada tenía que ver con el nuestro.

«Que yo una vez fui a Disneyland París.»

Secreto sordo de Disneyland París. Secreto sordo, mil veces repetido y supuesto en las manos y los ojos de Marina yendo una vez a Disneyland París. De nuevo sonaba

un trueno apagado y distante; el de su vida sin nosotras. Teníamos ganas de que nos contara pero no queríamos preguntar.

«Me hicieron una foto con el Mickey Mouse de verdad, y había un castillo enorme, y me compraron luego un cuaderno de Mickey Mouse, y unos lápices de Mickey Mouse y una goma de borrar que las apretabas y olía a fresa.»

Ella no sabía que el recuerdo era demasiado delicado para nosotras; no sabíamos imaginarlo. Esos castillos, esos cristales coloreados, esos balcones a los que se asomaban Mickey y Minnie no los podíamos hacer nuestros. Caminábamos al lado del recuerdo de Marina siempre paralelas, cansadas y con hambre, el pequeño impulso de nuestro deseo no era suficiente para darles una vida definitiva, de repente nos cansábamos de intentarlo y el deseo se transformaba en rabia contra esa niña demasiado grande.

«Y a nosotras qué tu Mickey Mouse y tu Disneyland y tus vacaciones de mierda.»

Le sacábamos la lengua.

«Había también una montaña rusa, y yo me monté tres veces.»

Si la adulta no miraba la pegábamos. Casi nunca muy fuerte, un pequeño golpe. Se agachaba para coger alguna cosa y le clavábamos el lápiz afilado en el culo. Entonces ella daba un respingo y nos reíamos. Su cara se llenaba de humillación, como un vaso. Tan llena de pensamientos que no se podían adivinar, tan orgullosa. Cálida y oscura, sus ojos se colmaban de lágrimas que no llegaba nunca a llorar, agarraba el vestido con la mano y lo apretaba fuerte, como si quisiera quedarse aquí con nosotras, no irse hacia atrás, no volver a Disneyland París ni a las vacaciones, ni montarse de nuevo en la montaña rusa, como reservando los recuerdos y pensando que ya no los iba a compartir más, su cólera se hacía doméstica. Más tarde volvía a la muñeca, a aquella muñeca odiosa, y la quería, se alejaba de nosotras en el recreo y con la muñeca en la mano la quería. Volvía a ver su tierra y sus recuerdos. ¿Se los contaba a la muñeca? Tal vez sí, porque hablaba con ella, y nosotras la sentíamos atada al cuello, esa cosa pequeña de la muñeca de Marina a la que ella quería en vez de querernos a nosotras.

«¿No juegas al baloncesto?»

«No.»

«Vete a la mierda.»

Pero no, en realidad queríamos decir: cuéntanos otra vez cómo fuiste a Disneyland París y te hiciste una foto con el verdadero Mickey Mouse, cuéntanos la montaña rusa y qué se siente cuando bajas, y luego te compran un cuaderno y una goma que huele a fresa, cuéntanos si parece extraño o si parece normal, si se sienten ganas de comer la goma que huele a fresa, si se está atada a ella, cuéntanos la mano del verdadero Mickey Mouse en tu mano mientras te hacen una foto con él, y tú piensas que ése es el verdadero Mickey Mouse, que dentro de nada va a marcharse con Minnie porque los dos viven en ese castillo que es real porque está allí mismo y tiene puertas y ventanas que se pueden tocar.

«No.»

Sufríamos la ira como se sufre una maldición; de pronto había caído sobre nosotras. Maldición de la bruja mala, amargada. Tal vez también la bruja mala quería como nosotras y no sabía qué hacer con su amor y se alejaba llorando, tal vez había bajo su odio también una pequeña orquesta que cantaba el amor y la asfixiaba, y contemplaba la oscuridad de su amor como desde la ventanilla de un tren, pobre bruja mala que sufría de amor.

«También estaba el castillo de la bruja mala en Disneyland París.»

Cuéntanoslo todo otra vez, y que tenías una casa y unos padres, y una habitación para ti sola, y una pared con un póster de Alicia en el país de las maravillas. Sin comprendernos ella nos miraba fijamente y preguntaba:

«¿Por qué?»

Después se retraía y su hombro se llenaba de sombras rojas y oscuras. Reservada a la muñeca se alejaba de nuevo hasta la estatua negra. «Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí.» Al inclinarnos sobre ella sentíamos ganas de besarle el pelo, un olor que no era como nuestro olor, algo que no se podía engañar. Cuéntanos que ibas en el coche con ellos cuando se murieron. Ella tenía los ojos abiertos. Era un recuerdo duro y brillante, como el canto de los grillos que venía del jardín cuando nos metíamos en la cama.

«Cuéntanos.»

«No.»

«Vete a la mierda.»

Pero de la misma violencia nacía también un placer oscuro y animado, una sorda sensación de haber vencido o de estar a punto de vencer.

A la muñeca la robamos una noche de miércoles sin que ella se diera cuenta, y Marina despertó con un gesto de pánico. Ahora estaba desprotegida, como nosotras. Ahora trataba de amar y el hambre no tenía objeto. Por un momento pensamos que iba a decírselo a la adulta, pero no lo hizo. En realidad no sabía ni cómo moverse.

«Que me la devolváis, la muñeca,» decía.

Entonces nosotras le dábamos una pierna. La habíamos roto.

«Toma.»

Y queríamos decir: es para que nos mires. Entonces ya era fácil amar de nuevo. Amar era incluso algo viejo, lo que había sucedido siempre. Tiraba la pierna de la muñeca junto al árbol y no le prestaba más atención. Pero nosotras queríamos saber lo que sentía; lo que había quedado entre la pierna de la muñeca y la muñeca entera, lo que había desaparecido. Algo en Marina se había aflojado, como si se hubiese quedado sin fuerza. Ahora vendría a nosotras, pensábamos.

Y eso que era una cabeza rota, y eso otro; el cuerpo, los brazos, la pierna que sobraba, todo lo guardamos y lo enterramos en el jardín, junto al árbol, sobre la oruga muerta.

Éste es el momento en el que Marina descubre algo: *Soy distinta*. El descubrimiento, como cualquier descubrimiento, sobrepasa la esquemática realidad que lo ha provocado, surge del fango de lo real, pero ya formado, redondo e inapelable, siempre había estado allí: *Soy distinta*.

Marina se empeña en tocar constantemente su descubrimiento, como el recién nacido toca su cuerpo para reconocerlo. ¿Y si muy pronto ese descubrimiento fuese tan grande que Marina se viera desbordada por él? Entonces sólo podría imponerse a las niñas. No habría ya día. No habría ya noche. Se vería obligada a hacer de sí misma lo que el destino le ha impuesto a través de su descubrimiento. Es como si llevase consigo constantemente todo lo que sabe, como se lleva algo altanero, algo cruel, una bandera. *Soy distinta*.

Basta con confiar, aun por un segundo en ese pensamiento para que todo se transforme.

Devuelta de la inquietud a través de su descubrimiento, ahora sólo quiere atenerse a él, por eso cuando entran de nuevo en la clase y prosigue la explicación de lengua sólo ella parece alegre, levanta la mano cada vez que la profesora hace una pregunta, incluso aunque no está muy segura de ninguna de las respuestas. Es que quiere hacer entender que ha descubierto algo, pero no sabe aún cómo conseguirlo. Le hubiese gustado que no fuera necesario manifestarlo, que un solo movimiento de la voluntad hubiese bastado para penetrar a todas las niñas con su descubrimiento, y que ese descubrimiento les hiciera a todas darse la vuelta hacia ella, como hacia una aparición deslumbrante.

Luego, cuando llegan al comedor y les sirven la comida, Marina sabe exactamente qué es lo que debe hacer. Es como si sintiera de nuevo la cicatriz en su hombro, como si la cicatriz se hubiese hecho autónoma y la quemara como una señal incrustada. Es exactamente así.

Para comer hay una sopa y tortilla de queso.

Las niñas miran con simpatía la comida. Están todavía tristes y la comida las libera momentáneamente de pensar, por eso se abalanzan sobre ella. A una de las niñas se le ha quedado un fideo junto a los labios; un fideo pequeño y blanco, un gusanito dormido y sin cabeza. Como una maldición lenta, Marina se queda observando fijamente ese fideo, al igual que la boca que se abre y se cierra ante las nuevas

cucharadas. Acaba de descubrir también que la boca es un agujero en el que se pueden introducir cosas. Si pudiera explicar lo que ha visto diría que todo comienza en ese agujero de la boca de la niña en el que hay un fideo detenido y pegado, que todo comienza precisamente ahí; en los labios oscuros que se abren y cierran, que no pueden detenerse.

De pronto Marina piensa: «No comeré más.»

Ha sentido una violenta repugnancia por el agujero, incluso cuando el olor de la comida es agradable, cuando la tortilla espera espumosa y dorada.

No comeré más.

«¿No comes, Marina?»

«No.»

Es la voz de la adulta; razonable, pausada.

«¿No tienes hambre?»

«No.»

La niña levanta una mirada lenta hacia la adulta. Ya no quiere ser como ella, ni parecerse a ella. Pasa el tiempo y sólo el pensamiento permanece. El resto de las niñas terminan de comer y poco a poco van marchándose del comedor. A lo largo de la comida, mientras Marina ha permanecido impassible sin tocar el plato, ha ido alzándose lentamente el prestigio. Un prestigio grave, una ciudad dentro de la ciudad: Marina no come. La noticia se transmite a través de la piel, de los contactos de los codos de unas a otras en la mesa. Tal vez, en un pasado remoto, hubo otra heroína mítica que una vez intentó lo que ahora está intentando Marina sin conseguirlo. Esa decisión oscura y cerrada como una almendra: No comeré.

Para saber que el misterio es cierto a Marina le basta comprobar, cuando ya se ha quedado sola, que de cuando en cuando aparece una cabeza anónima que espía en la ranura de la ventana que da al patio desde el comedor.

«Sólo una cucharada de sopa y la tortilla.»

«No quiero.»

A veces son dos cabezas, imposibles de reconocer. Miran y desaparecen enseguida. Esa manera de espiar es el primer acto efectivo de amor de las niñas hacia Marina. Ella lo saborea como una comida preciosa; ahora debe ser fiel a ese acto de amor. Como siempre, como cualquier acto de amor, también en éste hay una naturaleza comprometedor y urgente, la obliga a encerrarse cada vez más en su decisión para salvaguardar el amor que ha provocado. Si ese gesto se prolongara hasta el infinito a Marina le sucedería lo que a muchos amantes; acabaría siendo esclava más del gesto que del impulso que lo produjo, entonces estaría encerrada en el gesto, no vería más que el gesto y se obligaría a su repetición maniática.

«Sólo tres trocitos de tortilla y la fruta.»

«No.»

«¿Pero es que no tienes hambre?»

«No.»

Más que conversar, la adulta y la niña susurran; hace poco que el descubrimiento se ha producido y están las dos todavía un poco mareadas.

«Pues no comas, ya comerás esta noche. Vete de aquí, anda.»

Cuando sale al patio las niñas dejan de jugar y se vuelven hacia ella. Ahora que Marina ha triunfado ya no hay excusa para que el miedo y el contacto no se precipiten. Marina se acerca hasta donde están y sonrío. Ellas, sin embargo, permanecen detenidas en la seriedad.

Marina no cenó aquella noche tampoco, ni desayunó al día siguiente. Cuando llegó a la comida llevaba un día exacto sin probar bocado. Aunque en cada una de las comidas las adultas habían incrementado la violencia para que comiera, Marina no había cedido. Cada vez salía un poco más tarde del comedor, un poco más cansada. Cada batalla era definitiva. Había algo majestuoso y duro en la palidez de Marina cuando salía del comedor, una especie de máscara ritual, depositaria de una fuerza inconcebible para las otras. Si se hubieran marchado las adultas del orfanato en ese mismo momento y las hubieran dejado solas, tal vez al entrar Marina en el jardín las niñas se habrían postrado silenciosamente y la habrían adorado.

También su gesto había cambiado; cercano ahora al de un lince, al de una gata. Sus movimientos eran felinos, quizá por la debilidad. Caminaba a pasos espaciados, pero aplicando a sus gestos una especie de descarga nerviosa al final, lo que la hacía parecer constantemente en tensión. Hasta sus ojos parecían haber cambiado de color. Tenían al mismo tiempo una cualidad desafiante y hermética, como si la batalla se estuviese produciendo sólo en su interior y probara una absoluta indiferencia por lo que sucedía a su alrededor.

En aquel recreo anterior a la comida, un día después de que Marina decidiera dejar de comer, las niñas jugaban a la comba en el lado opuesto del jardín. Era como si la hubiesen encerrado en aquella esquina; la querían quieta. Y aunque realmente lo estaba, nunca había sido tan amenazante como entonces. Una de las niñas se desgajó del grupo y se acercó tímidamente hasta ella. Lo había hecho tan lentamente, sus pasos habían sido tan temerosos que no percibió que quería acercarse hasta que estuvo prácticamente a su lado. Aunque no prestara atención a la niña, la niña seguiría así, siempre acercándose. ¿Cuál era su nombre? No lo tenía aún. Por fin se miraron.

«Ven», dijo Marina.

La niña permanecía abierta y expectante, no sabía qué decir. Se acercó temerosa. El mismo pensamiento de ser tocada por aquella niña hizo temblar a Marina.

«Ven».

La niña se aproximó. Si hubiera extendido la mano entonces, habría podido tocarle la cara.

«Nos tenemos que esconder», le dijo.

«¿Por qué?»

«Porque te voy a enseñar una cosa.»

Detrás de la higuera la hierba estaba húmeda todavía por la lluvia que había caído aquella noche. Olía a tierra y a podrido. Marina se desabrochó la camisa y se descubrió el hombro. Se sentaron sobre el suelo mojado. Nada acerca tanto a dos seres como tener miedo juntos. La cicatriz se había empalidecido también, como una sombra. Las pequeñas muescas de los puntos casi habían desaparecido por completo; quedaba sólo la huella sinuosa que abarcaba el hombro hasta el esternón. Seducción pasmada de la cicatriz. Estaba todavía nublado y hacía frío. La piel alrededor de la cicatriz se encogió en un espasmo breve y la niña abrió la boca, como si fuera a alimentarse de todo; del aire, del tacto del tronco de la higuera, de la arrogancia de Marina, de su propio miedo. No era la misma cicatriz que veía en el baño a diario cuando se duchaban; ésta se ofrecía, quería ser tocada, quería ser mirada, ya no había nada que la hiciera ocultarse.

«Que esto me lo hice yo en el accidente.»

«Ah.»

«Y había una cosa blanca que se podía ver, y eran las costillas.»

«...»

«Y luego me cogieron unos hombres y me metieron en una ambulancia.»

«¿Por qué no comes?», preguntó la niña.

«No sé.»

Ya no había refugio para las dos. El aire frío cortaba la respiración y hacía vacilar la esperanza. Marina no quería aquella conversación, sino ser tocada, y no sabía cómo hacer comprender su deseo.

«Que antes se veían los puntos, y ya no se ven.»

La niña volvió a mirar la cicatriz. Su mirada parecía ahora completamente perdida en aquel abismo. Marina sintió la debilidad de su propia sangre; no había comido nada desde hacía treinta horas y por momentos tenía la sensación de que se hacía leve, de que iba a volar. Por un instante el gesto de la niña se tornó blanco, azulado, como una fotografía sobreexpuesta. ¿Iba también a desaparecer el rostro de la niña?

«Y luego los puntos ya se dejaron de ver, y se me quedó así.»

«Así cómo.»

«Así, como sin puntos, y ya sólo se ve la piel, y la cicatriz ha quedado como un gusanito, como cuando coges una tela y la doblas.»

Marina se acercó un poco más a ella. Tanto que podía sentir casi su contacto, el calor que despedía su cuerpo. Miró fijamente sus manos; se comía las uñas. Algunas de ellas estaban sucias, como si la niña hubiese estado antes escarbando en la tierra. Ella quería que esa mano se posara sobre ella. La quería como un deseo imposible, como si esa mano fuese el cielo mismo y ella ansiara que se desplomara sobre ella.

«Que yo antes no quería que me tocaran aquí, porque me daba escalofríos, pero ahora sí que quiero, y a veces yo la toco también y es como si no sintiera la piel, como si me hubiesen puesto un papel encima de la piel y lo que tocaras fuera el papel.»

Se volcó un poco más hacia ella, sintiendo cómo la niña se retraía, bruscamente en

tensión.

«¿No la sientes?»

«No. Un poco sólo.»

También el deseo se deslizó dentro de la niña. Como un agua estancada que de pronto, casi imperceptiblemente, comienza a descender el nivel. Y junto al deseo, la piedad.

«¿La quieres tocar?»

«Sí.»

Pero la niña no reaccionó inmediatamente. Tras el «sí» permaneció quieta todavía unos instantes. Miró hacia arriba. A Marina le parecía que a su alrededor se reunía mucha gente, que la misma tierra que quedaba frente a ellas se había llenado de cabezas. Ahora se cimbreaban, como un mar, y todos tenían los ojos fijos en ella, un mar de cabezas de ojos profundos, que no pestañeaban. Le parecía que llevaban un mes juntas, en aquella postura, inmóviles.

«Tócala.»

La niña extendió la mano.

«Tócala.»

Pensó que iba a desmayarse, soñó que el cuello se le tensaba y salía disparada su cabeza hacia lo alto. Su cuello era elástico ahora; elevaba la cabeza sobre la higuera, sobre el edificio y la estatua. Las mandíbulas se le contrajeron, sacó la lengua.

«¿Por qué sacas la lengua?»

Los brazos se retorcieron solos. Trató de levantarse pero al hacerlo sintió el peso de la cabeza como si sobre ella hubiesen puesto un fardo pesado. Ahora estaría ya para siempre sobre ella aquel fardo, aquel peso que le hacía girar la cabeza a uno y otro lado, un calor húmedo le subió por la espalda y se volvió inmediatamente gélido, se dejó caer sobre el suelo, de costado, sintiendo el placer húmedo de la hierba, de su propio agotamiento.

«Tócame», susurró.

Pero la niña salió corriendo. Sintió sus pisadas alejándose a toda prisa por el jardín, y en un instante los sonidos se ensordecieron. Resonaban todavía a lo lejos las voces del resto de las niñas jugando, pero el ritmo de la canción había dejado de ser el habitual que imponía la comba, había ido acelerándose como una danza enloquecida, las voces eran cada vez más agudas, más chillonas, casi inhumanas. Después perdió el conocimiento.

La adulta sintió pánico cuando la vio tendida junto a la higuera, con la falda levantada hasta la cintura y la camisa desabrochada. Tenía las piernas completamente abiertas. Parecía que la hubieran zarandeado durante horas en el aire y luego la hubiesen dejado caer, un hermoso y dislocado paso de baile, detenido en el tiempo, aislado del espacio, un paso de baile imposible, infantil, lastimoso, y sin embargo contundente, como si de él emanara una fuerza impensable para un cuerpo tan diminuto. Estaba de rodillas, la cara sobre la tierra, los faldones del vestido abiertos

sobre las piernas delgadas. Los zapatos con las puntas hacia dentro, como un bebé, tan privada de su humanidad, tan derrotada, que la adulta sintió un relámpago de repugnancia.

La llevaron como a una novia hasta la enfermería entre las dos adultas, con un séquito de niñas silenciosas a la espalda. La metieron en la cama y la arroparon. El doctor diagnosticó una anemia leve. Ordenó que le dieran de comer inmediatamente.

Tercera parte

En el zoo fue todo distinto. Todo comenzó en el zoo; en el olor del zoo, en el nerviosismo con que nos bajamos del minibús.

Todo lo nuevo: el zoo. Todo lo violento: el zoo.

Y pensar que el mundo puede concentrarse en un colmillo, y que ese colmillo se ve a través de los labios, que le sale un poco el colmillo al animal, y es blanco, que está hecho para hundirse en la carne, y que el lobo, que es en realidad malo, parece bueno detrás de la reja... Entonces se mira cómo han crecido el uno para el otro, la reja y el lobo, cómo se ha vuelto manso el lobo y la sombra le ha amarilleado el pelo, cómo se le ha concentrado el bosque en los ojos. Nos dejaban poner la mano hasta tocar casi la barandilla para que sintiéramos miedo y dijéramos:

«¿Te imaginas que no hay reja? ¿Eh? ¿Te imaginas?»

Parecía que el lobo nos oía y nos entendía porque levantaba el hocico y la mirada se le colmaba de saliva y tenía ganas de saltar sobre nosotras.

¿Y qué los elefantes? ¿Y los rinocerontes? ¿Y las focas? No, las focas eran previsibles y hacían monerías, daban golpes a la pelota y luego recibían su premio de pescado, pero el elefante estaba cansado de cacahuetes y tenía una piel muy gruesa, y nos teníamos que poner todas a gritar para que nos hiciera caso. Entonces levantaba una mirada agotada, bebía sin sed del barreño sucio, se acercaba pesado como si todo le estorbara y cada paso fuese un gran esfuerzo, por eso perdía siempre y nosotras sentíamos más compasión por el elefante que por la foca, porque era más grande y más triste, porque nos parecíamos más.

Marina estaba inquieta. Lo estuvo desde que salimos aquella mañana, desde que nos levantamos y nos duchamos. Luego, ante los pavos reales, se quedó pasmada. Nosotras estábamos cerca y sentimos su inquietud. Y era a la vez como si su inquietud la transfigurase, la hiciese luminosa y brillante.

«¿Qué miras, Marina?»

«Los pavos reales, son bonitos los pavos reales. Son bonitos, sí. Son bonitos y a la vez no son bonitos, y miran con sus miles de ojos en la cola.»

Misteriosamente todas fuimos acercándonos a ella, sin pretenderlo. Una enorme atracción nos empujaba a desear su contacto, a buscar su voz, a desear sus gestos. Ya no queríamos a los animales, ni el miedo del lobo, ni la quietud del elefante, ni la gracia brillante de los delfines, queríamos el contacto de Marina, y no sabíamos qué

hacer para arrojarnos a ese desierto.

Teníamos ganas de decir: «¿Dónde estás, Marina?»

Y sin embargo estaba allí, junto a nosotras, derramándose, mirando los pavos reales, sabíamos que iba a decirnos algo, y nosotras estábamos sedientas de esa palabra. Si nos hubiese dicho: «Abandonadlo todo y arrojaos al lobo», lo habríamos hecho. Si nos hubiera dicho: «Abalanzaos todas sobre el pavo real y asesínadlo», lo habríamos hecho también.

«Esta noche haremos un juego», dijo.

«¿Qué juego, Marina?»

«Un juego que yo me sé.»

«¿Y cómo es?»

«Esta noche lo hacemos.»

«¿No nos puedes decir nada?»

«No, esta noche.»

El resto de la excursión se tiñó también de esa inquietud de la espera. Era necesaria la espera. Y en la hora de comer vimos cómo alimentaban a los tigres, cómo ellos también estaban inquietos, y un hombre entraba por una esquina mientras el otro los despistaba por la otra, y dejaba allí pedazos enormes de carne cruda. Detrás de la caja, mientras el hombre salía, algo crujió, y de pronto los tigres se abalanzaron sobre la carne. Eran tres. Se enroscaron como una hiedra en torno a la comida. Las espinas dorsales se unieron en un solo ramo de carne y furia hasta formar una sola criatura fantástica de tres cabezas que comía. Los hocicos se mancharon de sangre. Nos habían dicho que los tigres eran bonitos, nos habían mentido.

En el autobús nos pusimos a cantar pero seguimos viendo las bocas de los tigres, los colmillos del lobo, el desamparo del mono que quería ser hombre y no podía, el olor del elefante, la piel plastificada del delfín.

Chirriquituli alamatuli alapotinguelé.

Se fue a la ética poética sinfónica.

Chirriquituli alamatuli alapotinguelé.

Se fue a bailar el can can can.

«¿Cómo es el juego, Marina?»

«Esta noche os lo digo.»

Ya era de noche. Ya estábamos en las camas, ya habían apagado la luz. De pronto, con la luz apagada, nos parecíamos de un modo sorprendente. Bailaba ya el juego antes de empezar. Inquietud del juego. Secreto treinta veces dicho con los dedos cruzados bajo las sábanas, secreto del juego y alegría del juego mientras esperábamos con los brazos sobre el pecho, aguantando casi la respiración.

«Ahora tenéis que venir aquí.»

«¿Adónde, Marina?»

«Aquí, a mi cama.»

¿Cómo empezó el deseo? No lo sabemos. Todo se hacía silencio en el deseo, como los movimientos de los acróbatas, los funambulistas. El deseo era como un cuchillo grande y nosotras el mango. Y nada, nada ocurrió realmente. Sucedió la noche como había sucedido el zoo. A oscuras, rodeando la cama de Marina, se veía mejor el zoo que durante el día, comprendíamos que eso que habíamos sentido mirando al lobo era un sentimiento sin fondo, y que ni en ese momento, ni al día siguiente, ni al año siguiente seríamos capaces de comprenderlo.

Nunca había estado tan lejos como entonces, tan ausente. Todavía en el zoo habríamos podido decir: «Sabemos quién eres, Marina, sabemos que tu padre murió en el accidente y tu madre en el hospital. Sabemos que eses triste y que nos quieres.» Entonces tuvimos que decidir quién era Marina para nosotras. Esa que nos había invitado hasta su cama. Teníamos los pies y las manos frías. Ella, sin embargo, seguía caliente, como si durante mucho tiempo la hubiesen encerrado en la enfermería entre ladrillos recién cocidos y ahora desprendiera ese calor retenido.

«El juego es muy fácil y dura muchos días, porque cada día una de nosotras es el juego. Y cada día es distinto.»

La habitación seguía a oscuras pero sentíamos su voz extendida, como la línea de un horizonte.

Ahora sabemos que aquella noche fuimos valientes, pero en ese momento no lo comprendimos.

Ahora también sabemos que podríamos no haber acudido, no habernos levantado de nuestras camas, no haber sentido el frío de las baldosas del dormitorio, que habría sido muy fácil aplastar su violencia y su dulzura con la mano. Y sin embargo acudimos.

«El juego es muy fácil», repitió. Luego levantó la almohada y allí apareció una barra de labios, colorete, un lápiz de ojos. «Cada noche una de vosotras será una muñeca. Yo la pintaré y será una muñeca. Y nosotras la miraremos y jugaremos con ella. Ella será buena con nosotras y nosotras seremos buenas con ella.»

«¿Dónde has conseguido eso, Marina?»

«En la enfermería, que la profesora se dejó allí el bolso y yo lo cogí.»

Por fin alguien encendió la luz y vimos su gesto. Una luz pequeña, escondida bajo la sábana para que no nos descubrieran. Hay que olvidarlo todo, y pensar que no se ha existido nunca, pero ese gesto de Marina cuando quiso explicarnos el juego es necesario guardarlo como un bien precioso.

«La muñeca estará quieta y no podrá hablar. Será muy blanca y muy dulce y llevará puesto este vestido. Será como nosotras, pero en muñeca; ella sola no podrá vivir.»

Sobrevolaban las distancias de una a otra, de un cuello a otro, de ahora en adelante cuellos de muñeca, manos de muñeca, ojos y labios de muñeca.

«Cada noche todas podremos jugar con la muñeca y darle besos y decirle nuestros secretos. Y ella nos mirará y nos escuchará porque nos quiere y porque también

nosotras la queremos.»

De pronto estaba cansada, sudorosa. Cada vez le costaba más esfuerzo hablar, cada vez las palabras eran menos suyas, como si la idea del juego la sofocara.

«Y cada noche, cuando vengamos a dormir, no dormiremos. Pondremos el vestido a la muñeca, y la pintaremos y jugaremos con ella. Así será.»

Así era necesario que fuera.

Así sería.

La mirada se deslizaría primero por la oscuridad, hasta que se acostumbrara a la noche. Las paredes de los armarios en los que están escritos nuestros nombres casi no se verían. Poco a poco iríamos olvidando lo que había sucedido en ese día que acababa de terminar. Olvidaríamos las multiplicaciones y las reglas de ortografía, el olor de la comida de esa tarde y su sabor. Todo sería ocre y lento, como el aire de un lugar apenas ventilado. Y sin embargo, aunque tuviéramos muchas ganas, no nos precipitaríamos nunca. Sintiendo los camisones y el roce de las sábanas todas fingiríamos estar dormidas, como si muy pronto el cansancio nos hubiera inundado. Cerrando los ojos obligaríamos a nuestros cuerpos a producir el olor cansado que convencía a la adulta de que podía marcharse. Así permaneceríamos muchos minutos inmóviles. Luego, ya en plena noche, un sonido extraño nos avisaría de la primera señal. Todas nos agitaríamos, como faldas hinchadas por un golpe de viento. Comenzaríamos a vivir en el juego, en la ansiedad del juego. Enseguida sonaría la segunda señal; ya no habría duda posible. La señal podría ser cualquier cosa; un silbido, un pequeño chasquido de la madera, el silencio mismo. Entonces, poco a poco, nos iríamos levantando de nuestras camas, sin rozarnos siquiera, y el peso de nuestros cuerpos nos parecería aún más liviano. No, ni siquiera entonces sentiríamos el frío de las baldosas, ni tendríamos ya miedo a la oscuridad. Nosotras seríamos ya el frío, lo oscuro. Y así iríamos caminando hacia la cama de Marina, sonámbulas, ensimismadas por un solo pensamiento: comenzar a jugar.

Ya reunidas en torno a la cama, Marina por fin se alzaría y alguien encendería una luz y la pondría bajo las sábanas. Veríamos su rostro y por un momento ella parecería dudar también. Luego diría:

«Tú.»

No esperaríamos ya más. Diría, sencillamente:

«Tú.»

El último vínculo con el orfanato y con lo diurno se rompería entonces. Para nosotras la muñeca moriría ya de su vida normal; un gesto de miedo, de dolor, le cruzaría el rostro. A una señal de Marina comenzaríamos a desnudar a la elegida, pensando entonces en bobadas; que tenía un lunar en el hombro que nunca habíamos visto, que la cara se vencía cómicamente a un lado, que su camisón estaba roto en el borde y tenía dibujos del pato Donald. Pero a medida que la desnudáramos la elegida se iría haciendo cada vez más pequeña, más densa. Desaparecería su olor. Sí, esa cosa frágil y preciosa, el olor, también desaparecería. La piel se volvería un poco más gruesa, al

igual que nuestra cordialidad; todo sería un poco rudo, un poco áspero. Para ocultarnos unas a otras que sentíamos angustia probaríamos incluso a hacer muecas, a contar chistes. Alguien incluso cantaría:

*Chirriquituli alamatuli alapotinguelé.
Se fue a la ética poética sinfónica.
Chirriquituli alamatuli alapotinguelé.
Se fue a bailar el can can can.*

Casi susurrando, para que no se notara, para que no nos diéramos cuenta del cuerpo pequeño de la muñeca.

«Hay que quitarle toda la ropa.»

«¿Las bragas también?»

«Sí, las bragas también. Y luego hay que ponerle este vestido, porque éste es el vestido de la muñeca.»

El vestido sería azul, muy grueso, nadie sabría nunca de dónde lo había sacado Marina. Tendría un gatito bordado en rojo que jugaba con un ovillo de lana verde. Todas tocaríamos el vestido antes de ponérselo, como si necesitáramos comprobar que era real, tan real al menos como el cuerpo de la muñeca que, ya desnuda, esperaría a ser vestida. La desconfianza, en realidad, sería enorme. La muñeca seguiría inmóvil. Una vez desnuda, Marina diría:

«Ahora hay que vestir a la muñeca.»

Pondría entonces un gesto muy desdichado. Todo en su cara se desmoronaría en un segundo. Y habría que estar atentas a ese segundo porque sería entonces cuando se descubriría quién era en realidad la muñeca.

También eso lo entendimos enseguida: ninguna muñeca era igual a otra.

Era necesario que fuera así.

Unas serían pesadas e informes, como a la búsqueda constante de una expresión que no llegaba nunca, muñecas dolorosas y gordas, sin mensaje, nadie sabría qué hacer con su carne rendida, otras serían tensas como cuerdas de arco, como marionetas de ojos sólidamente abiertos, culpables como criminales, otras serían delicadas y frágiles, y no conseguiríamos hacer de ellas nada nuevo que las librara de su delicadeza, otras nacerían ya rotas, muñecas baratas sin remedio, con un brazo o una pierna más larga, o con el pelo demasiado grueso, o con los pies demasiado sucios. Marina esperaría a verlas aparecer para pintarlas.

Todavía desnuda, inmóvil, antes incluso de que le pusiéramos el vestido, la muñeca esperaría su rostro. Allí se abriría la segunda puerta del juego, la que daba miedo, porque quién sabe qué hay detrás de esa puerta cerrada. Siempre se tiene miedo allí. Se teme una especie de terrible aventura. Lo que llega, sin embargo, es desconcertante.

Es necesario cerrar los ojos.

Se entra entonces como en un sueño.

Se tiene, más bien, la sensación de que se está a punto de entrar en un sueño pero sin entrar, hasta que finalmente sólo queda su sensación. Luego hasta esa sensación comienza a desvanecerse también, y a través de esa grieta se filtra una claridad lechosa, un nerviosismo ajeno a las palabras y a los objetos. Al abrir los ojos, sin embargo, se ve el rostro de Marina pintando el rostro, llevando hasta la piel la cara oculta. Un rostro espantado. Muy lentamente abre la barra de labios y la aplica sobre los labios de la muñeca. Los labios se rinden al color. Esos labios que han parecido pálidos, transparentes casi por el efecto de la luz, se colman, como si se llenaran de sangre.

Poco a poco los miembros se sumergen en un fango tibio. Se ven de pronto los rostros de las otras como si hubiesen surgido de golpe. Entonces comienza a sentirse el cansancio en los propios ojos.

«Cierra los ojos.»

Se cierran los ojos. Se cae. Es como si se llevase una máscara. Se siente el lápiz negro bordeando los ojos, haciéndolos profundos. Ya nadie habla, se sabe perfectamente dónde está cada una y qué siente, que el aire sigue entrando por la ventana y que hace frío, se siente por primera vez el tacto grueso del vestido azul sobre la piel, como un saco, y se ama ese tacto, esa presencia, el deslizarse del lápiz negro sobre los ojos. Marina se aleja un poco; está examinando su obra. Luego, con su voz tranquila:

«Ahora eres muñeca.»

Entonces se es muñeca.

De un solo golpe, sin transición, se es muñeca. Se empieza a rodar de unas manos a otras, de una cama a otra. Ya no se está sola nunca más. Encerrada en la muñeca se ama con más fuerza, se compadece más, se existe sin moderación. Y sin embargo no se atiende al ruido de los besos en la mejilla. Ya nada importa.

Hay que dejar caer los brazos para que ella los sostenga. Se está allí inmóvil, tibiamente mojada por un beso que nada significa. Luego se sienten los tirones en el vestido, las manos que buscan. Lo más fácil es pensar que se va a morir. Pero ese pensamiento, siendo muñeca, carece también de importancia. Se siente, pero no es en absoluto emocionante. Los ojos pierden lentamente su color hasta vaciarse del todo. La temperatura desciende, el corazón espacia sus latidos. No se está fuera, sino dentro de algo, por eso pueden dejarse caer en ella los secretos. Se acercan los labios hasta su oído y se susurra:

«Muñeca, yo...»

Y entonces la muñeca se encoge emocionada, porque ahora sabe el secreto, aunque no pueda decirlo.

Muñeca de brazos tristes, de vestido azul, pobre cosa caída que sabes los secretos.

El miedo se encapsuló en las noches. El miedo estaba en las noches y mentía. Mentía una y otra vez. Y las muñecas vivían del miedo que respiraban durante la noche, engordaban de miedo hasta que un último impulso volvía a dejarlas dormidas y se quedaban allí, rendidas ya; tan lentas eran, tan pacientes.

Por la mañana se ponían ropa limpia y ya eran las mismas de nuevo. Marina las veía sentadas en las sillas de clase; parecía mentira que éstas fuesen aquéllas y sin embargo sus rostros no eran distintos. Algo, sin embargo, cambiaba durante el día: el rencor, la violencia. Una violencia sorda, física, rosa. Nacía en la tripa misma del payaso que había junto a la mesa de la profesora en cuyo centro había una pizarra. Era como si en ella alguien hubiese escrito: «Ahora odiad a Marina», y todas hubieran obedecido.

Durante las noches el juego continuaba. Marina seguía siendo su centro. Cuando apagaban las luces sentía que las muñecas cobraban vida y se acercaban a ella. Luego, por un segundo, ese fegonazo de poder, de alegría:

«Tú.»

¿Por qué durante el día era distinto? Era como si, tras despertar, a todas las inundara la vergüenza y esa vergüenza provocara el rencor. Bajaban descalzas hasta el baño y mientras se desnudaban para ducharse Marina a veces sentía un golpe. Si se daba la vuelta había allí una cara fría, afilada por la claridad de la mañana, una cara acusadora que la hacía desear pedir perdón de pronto, una cara que se hinchaba y luego tornaba a su aspecto habitual, diurno y tranquilo. Y sin embargo no era capaz de decir:

«Ha sido ésa.»

Todas estaban lo bastante cerca, los ojos de todas brillaban. Y la vida del día comenzaba perpleja, tan distinta a la de la noche. El orfanato despertaba como un hormiguero al sol. De la dulzura del juego no quedaba sino aquella hostilidad incomprensible; de una forma extraña ellas volvían a ser unas criaturas veladas y difíciles. Desayunaban y sus carrillos se llenaban de leche y cereales y parecía que comían flores heridas. Luego llegaba la clase y el rencor se prolongaba en el silencio. Si Marina le pedía a alguna de ellas un lápiz o una goma de borrar la ignoraban por completo y parecía que el odio de ahora era sólo el envés del amor de la noche, que había caminado hacia atrás, mucho peor, que había hecho algo malo e imperdonable

y sin remedio. Entonces le sobrevinía una emoción pesada, como si de pronto las sintiera con una premura excesiva. El hecho de haber pintado casi todos aquellos rostros con el lápiz de ojos y la barra de labios le daba ahora a Marina la gracia de una intimidad nueva. Cada uno de aquellos rostros que antes estaba disperso y sin cuidado, cada ojo que antes era inmóvil y triste, había dejado de ser un error. Ahora sentía aquellas caras como si sólo debido al juego se hubiesen vuelto bruscamente rostros de niñas. Perezosas, cansadas, indecisas, violentas, Marina sabía que las niñas guardaban un amor que sólo estaba reservado a la noche y al juego, y así se defendía de su rencor diurno.

Otras veces, sin embargo, no era tan fácil. Una mañana apareció escrito en su mesa: «PUTA». Tuvo que frotarlo con saliva hasta que las letras fueron desapareciendo, convirtiéndose en pequeñas perlas negras. Levantó una mirada angustiada, una cara helada como la de una liebre, los labios duros de frío, y nadie respondió. Luego, poco a poco, le pareció que su cuerpo se hinchaba con aquella palabra, que lo impregnaba todo; el vestido, la clase, incluso los ojos de la adulta. La palabra volaba y se estrellaba contra los cristales de la clase, no podía escapar de ella.

Cuando llegó la noche había decidido ya no volver a jugar nunca más. Escondida bajo las sábanas jugaba a sacar la lengua y lamerse un hombro. Con el frío en los pies, dura como un grano de maíz se dijo a sí misma: «No jugaré más.»

Y sin embargo también aquella noche jugó. Volvieron a escucharse las señales y una a una fueron levantándose las muñecas. Era como si cada una de ellas trajera dentro de sí un regalo delicado y frágil. Respiraba tratando de no hacer ruido para que las muñecas creyeran que estaba dormida, pero ninguna se alejó. El peso de sus cuerpos se hizo extraño sobre la cama, cada vez que uno nuevo se añadía al resto crujían los muelles y sobrevolaba un «ssshhh» de unas a otras.

«No quiero jugar», dijo.

Las muñecas levantaron la sábana.

«¿No jugamos, Marina?»

«No.»

Sus rostros eran más delicados que nunca. Había un amor suave que impregnaba todo, un amor minucioso y encerrado en su propio secreto. ¿De qué le habría servido decir: «No quiero jugar porque habéis escrito “Putá” en mi mesa»? Ya no era verdad la palabra. Hasta la palabra, tras la llegada de aquel gesto nocturno de las muñecas, había quedado convexa, perforada, ya no llenaba el espacio, se vaciaba como un barreño con un agujero.

«¿No jugamos?»

«Bueno.»

Como a través de una fisura a veces también la violencia irrumpía en el juego y Marina tenía miedo de comenzar. Luego se armaba de valor y decía al azar:

«Tú.»

El cielo se invertía hacia el suelo; todo quedaba suspendido menos la muñeca. El

tacto comenzaba en la desnudez. En un abrir y cerrar de ojos habían traído ya el vestido y ella lo ponía sobre el cuerpo blando de la muñeca.

Sólo el juego permanecía. Sólo el juego era lento y perplejo. Había que permanecer seria, dejando que cualquier ocurrencia se filtrara a través de la tierra fértil del juego. Por eso un día robó un cuchillo del comedor y cuando llegó la noche dijo: «Ahora hay que ver la sangre de la muñeca con el cuchillo sagrado.»

Cuando terminó de decir la frase sintió que las palabras eran más grandes que el deseo, que no se correspondían con él en absoluto.

«Hay que hacerle sangre a la muñeca», repitió muy seria.

Era guapa además. Llevaba gafas. Su rostro era limpio e inaccesible, pequeño, como el de un animal recién nacido. Aunque la muñeca continuaba inmóvil, Marina sentía su tensión. La piel rugosa de la muñeca se punteó de frío; una muñeca con piel de gallina.

«Y esto que vamos a hacer es muy importante.»

Posó el cuchillo sobre la pierna. La muñeca tembló y se encogió en un respingo eléctrico. Lloró una única lágrima pesada. Gimió:

«¡Ay!»

«No puedes hablar, eres muñeca.»

La sangre brotó inmediatamente y Marina posó el dedo sobre ella. La muñeca se puso pálida.

«Ahora hay que darle agua a la muñeca, que tiene sed. Una de vosotras tiene que ir a por un vaso de agua.»

Pero nadie se movió entonces.

«Yo lo ordeno.»

Permanecieron así; paralizadas. La muñeca sangraba y era tan ridícula. Sentían ganas de llorar y vergüenza de vivir.

«Bueno, pues iré yo.»

Y trémula de orgullo fue hasta el cuarto de baño, llenó un vaso de agua y volvió caminando con cuidado para que no se derramara ni una gota. Antes de llegar se detuvo y escupió en él. No por venganza, ni por rabia. Escupió en él conservando su propio poder y se quedó todavía un instante contemplando su saliva en el agua, que ahora bebería la muñeca.

«Dadle de beber», ordenó.

La muñeca bebió lentamente y luego se desmayó, completamente pálida. Cayó de costado y se golpeó la cabeza con una de las camas. Entre todas la llevaron hasta su cama y la arroparon.

Marina se sintió aquella noche agotada y sensible, como después de un castigo.

Nos avergonzaron. Nos dijeron: «Mirad.»

Le dieron nombre a todo.

Nos dijeron: «Mirad lo que habéis hecho.»

El nombre de las cosas nos asustaba. ¿Cómo puede suceder que una cosa se encierre en un nombre y no salga ya nunca? Es que todo parece más grande cuando se nombra, nosotras no lo sabíamos, por eso jugamos. Y nos decíamos entre nosotras: «Es bonito el juego ¿verdad?»

Todas éramos amantes y el juego nuestro amor. Mirábamos las letras de nuestros nombres en los cajones e imaginábamos que una muñeca era como un color, que vivía y brillaba como un color. Luego nos dijeron: «Mirad.» La muñeca se había vuelto siniestra, ya no sabíamos qué hacer con ella. Pero también fue bonita la muñeca. Decía: «Bebedme, comedme.» Fue por un segundo bonita la muñeca, se empeñaba en querer. Y sin embargo no había que decirle que sí a todo, sino hacerla esperar hasta que también la ansiedad formara parte de lo que quería decir. Volvía a suplicar: «Bebedme, comedme.» ¿De dónde había sacado aquellas palabras la muñeca? Luego, como no respondíamos, se serenaba.

Y así los días.

Y las tardes.

Se tumbaba en el césped del jardín y jugaba a trenzar briznas de hierba. Mientras nosotras saltábamos ella hacía aquel juego extraño y estúpido. Qué cosa tan estúpida aquélla: trenzar briznas de hierba. Y sin embargo seguía concentrada y áspera, como si sólo fueran a dejarla jugar quince minutos y necesitara llenar el jardín de aquellas trenzas. Luego nosotras las buscábamos y las arrancábamos. Le decíamos: «Mira, Marina, tu trenza.» Era ésa la mirada: seria, reconcentrada, como si sólo fuera posible para ella un movimiento: entregarse. Permanecía silenciosa. Luego, casi amablemente susurraba:

«Sí.»

Otras veces tenía blancos de memoria, como si de pronto olvidara que la estábamos rodeando, que seguíamos junto a ella. Parecía desplegarse hacia fuera, como un papel de seda, una tela muy fina.

Pero al despertar volvía la angustia: «Bebedme, comedme», y no había nombre con que llamar a lo que deseábamos. Así llegó aquel día:

«Hoy yo seré la muñeca.»

«Pero tú no puedes, Marina.»

«¿Por qué no?»

«Pues porque no.»

«Pero yo quiero.»

«Pero no puedes, no puedes.»

Entonces la súplica se concentró en sus labios y los contrajo en una sacudida oscura. Nosotras permanecemos todavía a un paso de ese ruido; nos daba miedo tocarlo.

«Pero el juego me lo inventé yo.»

«No importa.»

Es que ya entonces comenzó a mirar como una muñeca. Todos los días se acercaba.

«Pero quiero.»

«Pero no puedes, no puedes.»

Ser expulsada estaba en su naturaleza. Al acabar el juego se ponía al sol y cerraba los ojos. Desconociéndose, como respirando con alegría. También ella tenía sus descansos en los que llegaba a olvidarse de nosotras, despertaba y se volvía hacia donde jugábamos y fingíamos no haber estado observándola. Sentíamos un placer oscuro en el cuerpo, una mezcla entre esfuerzo y cansancio. Deseábamos el momento en el que volviera a acercarse.

«Pero yo también quiero ser la muñeca.»

Ella sabía que si seguía insistiendo lo conseguiría, que llegaría un momento en el que nosotras ya no podríamos hacer nada. Llegaría transfigurada y nueva; sus manos, sus pies, su cabeza, el cuerpo ligeramente encogido y tenso. Ya no habría humildad ni súplica en su voz, como quien descubre algo terrible dentro de sí y ya no siente miedo ni vergüenza, sino arrogancia.

Se puso a balancearse en el arco de hierro que hay junto a la estatua negra y de pronto todo su cuerpo se tensó. Ya estaba allí, agresiva. Saltó del arco en medio de nosotras.

Gritó:

«¡Miradme!»

Todavía no nos atrevimos a levantar la mirada.

«¡Miradme, idioooooooootas!»

Luego hubo un largo silencio y supimos que sucedería aquella misma noche. Apretamos los dientes; aquel miedo era algo de lo que podríamos alimentarnos días y días. Pero nada había sucedido aún después de todo; sólo aquella confusión de risas y saludos, de gritos, de palabras que comenzaban. Ella tenía las cejas bajas sobre los ojos astutos, el rostro de pronto minúsculo, las orejas grandes como las de un perro humilde.

Sí, era ya lo que buscábamos, el cuerpo pequeño y tosco de la muñeca. La noche llegó sin transición. Ya era de noche sobre todas nosotras. La adulta vendría y apagaría la luz enseguida. Las dos parecían unidas por cosas secretas: Marina y la noche.

Primero fue un susurro casi inaudible. Luego la voz fue abriéndose dulce en la oscuridad. Y era como si escucháramos por primera vez la canción, como si hubiese llegado por primera vez a nosotras, nunca cantada por nadie.

Chirriquituli alamatuli alapotinguelé.

Se fue a la ética poética sinfónica.

Chirriquituli alamatuli alapotinguelé.

Se fue a bailar el can can can.

Sí, y después, allí donde se confundía la oscuridad y el sonido, supimos dónde estaba exactamente el cuerpo de la muñeca. Ahora permanecía quieta y esperaba. Había dejado su cara abierta a nuestra curiosidad por primera vez. Sus cejas pequeñas. Sus ojos abiertos. La ternura recogida de sus labios. La piel de melocotón finísima de la nuca. Su pelo era más oscuro ahora, más suave. Fascinación del pelo que era fino, fascinación de imaginarse microscópicamente el pelo de Marina como un bosque en el que nosotras podríamos entrar si tuviéramos el tamaño de un mosquito. Fascinación de nuestros secretos que estábamos a punto de contar porque estaba tan cerca y nos quería. Veíamos ahora de cerca lo que tantos meses habíamos admirado de lejos; la doblez de la piel en la oreja, el brillo minúsculo de la carne del párpado, los agujeros de la nariz, la piel lisa del cuello que al llegar al hombro se torcía y expandía haciéndose menos fina, el dibujo del hueso de los hombros.

«Hay que quitarle el camisón.»

«¿Y las bragas también?»

«Sí, las bragas también.»

Se encogió en un escalofrío y allí, de pronto, apareció su cuerpo. Por las piernas y los brazos sentíamos la ternura de las cosas demasiado frágiles, de los juguetes bonitos que hay que tocar con cuidado, por el torso no sabíamos qué sentir, como si dos pensamientos contradictorios nos llevaran de un lado a otro. La cicatriz apenas se veía y bajo el pecho, antes de la barriga, había un pequeño agujero. Pensamos que era bonito.

«Es bonito», dijimos, y en el rostro de Marina algo pareció tranquilizarse, sólo un segundo. Inclino la cabeza hacia atrás, los párpados bajos, florecía de pronto en una sonrisa encantada.

Muñeca, yo una vez me hice pis en clase y cuando lo descubrieron quise estar muerta, y pensé muchas veces: ojalá me muriera ahora mismo.

Durante unos minutos nada fue estable en su rostro. Ojos y labios y nariz y boca estaban juntos, pero sin conexión, había que fijarse mucho en ella para recordar que era bonita y que nos gustaba. Comenzó en la piel, en la superficie de la piel. Como si sobre ella hubiesen puesto muchas pieles, una sobre otra, y su tacto se hubiese vuelto inmediatamente grueso. También su brillo había desaparecido de pronto. La tocábamos y no podíamos creer lo que sucedía: de pronto estaba lejos sin haber

dejado de estar aquí, algo imposible que sólo sucede en los cuentos y en las películas. *Muñeca, yo a veces me meto debajo de las sábanas y digo todo el rato coño, puta, polla, follar, joder.*

Luego, con mucha delicadeza, cerró también los ojos, y nosotras nos fijamos en su movimiento tras los párpados. Allí, donde antes había habido unos ojos, había ahora una piel muy fina y cerrada, silenciosa, atrapada por el párpado que se podía tocar con el dedo y, al tocarlo, se encogía en un pequeño calambre, arrugando las cejas, era como un verano pequeño, y dentro de él, un sol, todo en pequeño. Siempre nos gustaron las cosas pequeñas.

Muñeca, yo una vez vi al demonio en un sueño y se acercó hasta mí y me comió las piernas, y yo me quedé sin piernas.

Sí, siempre las cosas pequeñas. Descubríamos entonces que el cuerpo de la muñeca se hacía ahora más pequeño que nunca. Y con la pequeñez nacía la fascinación. Porque lo que es pequeño cabe en nuestras manos, y lo podemos tocar y mover, y adivinar para qué sirve, y descubrir su mecanismo. Alguien cogió la mano de la muñeca y la hizo golpearse con ella. Un juego tonto que la muñeca aceptó, porque era muñeca y las muñecas lo aceptan todo. Porque las muñecas son secas y vacías, y hablan muy poco, y sus cuerpos pesan con el sueño y son tontas.

Muñeca, cuando llegaste yo quise ser como tú, y te miraba y un día me acerqué a ti y pensé: si le toco el vestido seré como ella. Después te toqué y no pasó nada.

Pero todavía se resistía un poco la muñeca, le cogíamos la mano y justo cuando iba a golpear en su cara hacía un poco de fuerza, para que el golpe fuera menos fuerte. Luego, cuando ya llevaba varios golpes, abrió los ojos y dijo muy firme:

«No quiero.»

«No puedes hablar, eres muñeca.»

Tres segundos estuvo viva la muñeca, enseguida volvió a cerrarse en sí misma, como si hubiese elegido por fin el juego, y todo lo demás, todo lo que habíamos hecho hasta entonces, no fuera más que el principio. Volvió a cerrar los ojos.

Muñeca, yo a veces digo: mi madre es una puta y me abandonó.

¿Qué pasó entonces? Fue de pronto extraño el juego. Como si algo se hubiese roto en él, y ya nada fuese sencillo, ni la muñeca, ni nosotras. Comenzamos a pintarla. Le hicimos una boca grande, unos ojos enormes. Porque la boca tenía que ser así, muy roja, y los ojos muy negros, la pintamos con fuerza, hipnotizadas en cómo el lápiz se hundía casi en la piel, y la barra de labios llegaba casi hasta los mofletes. Respiramos el olor del carmín, que era dulce y pastoso, como si la muñeca hubiese reventado igual que el líquido que hay dentro de un caramelo, y ese líquido fuese el rojo, y nosotras pudiéramos comerlo.

Muñeca, yo una vez te pegué y tuve miedo, porque no sabía lo que sentía.

Comenzamos a movernos unas contra otras, como si nos estorbáramos, pero sin saber por qué. Era como si de pronto nos hubiese entrado hambre, como si fuera la hora de comer, y nos hubiesen dicho que había filetes dan Jacobo, y estuviésemos inquietas.

Los oídos despiertos, las manos tensas, un sentimiento más grande que nosotras envolvía la habitación, y las camas, y los armarios con nuestros nombres escritos en colores. No sabíamos si reír. Estábamos alegres. Hicimos un corro y comenzamos a girar alrededor de la muñeca.

Muñeca, yo tengo vergüenza todo el tiempo.

La muñeca miró sorprendida, abriendo sólo un ojo, el derecho, muy poco. Tenía las manos quietas sobre las rodillas y esperaba, no sabía qué. Tampoco nosotras. Sólo era la velocidad del corro, y saber que algo estaba a punto de saltar como un resorte, la seguridad de que el corro giraría cada vez más rápido, más rápido, hasta que fuera tan veloz que desaparecería en el aire, y nosotras desapareceríamos con él, y todo desaparecería.

Muñeca, yo te rompí los brazos y las piernas y te enterré donde las orugas.

¿Quién saltó entonces? ¿Fui yo? ¿Fuiste tú? ¿Quién atravesó el aire seco que nos separaba de la muñeca desde la velocidad del corro? ¿Quién se lanzó primero? Ya sólo sentimos la furia. De unos brazos a otros, de unas bocas a otras, todo era saliva y furia. Sí, eso que no podíamos comprender, que queríamos, las uñas lisas y rosadas, alguien tuvo que taponarle la boca a la muñeca para que no gritara. ¿Fui yo? ¿Fuiste tú? Alguien tuvo que empujarla porque todas nos caímos al suelo y seguimos sobre ella, alguien tuvo que sujetarla para que dejara de patear y se quedara así de quieta, tan quieta como ninguna otra muñeca se había quedado, tan quieta que tardamos en recuperar la respiración.

Muñeca, yo lloré muchos días y te eché de menos.

Jugamos toda la noche con ella, tan inmóvil.

Luego, colmadas por el agradecimiento y la alegría, nos sentamos a su alrededor y una a una le besamos los labios muy lentamente, como si comiéramos.

AGRADECIMIENTOS

Este libro tal vez nunca habría sido escrito si, hace ya casi diez años, Álvaro Pombo no me hubiese leído, con un entusiasmo del que creo sólo él es capaz, el *Réquiem a un niño* de Rilke. A pesar de su brevedad ha costado no pocos dolores de cabeza y numerosas reescrituras. Es fruto también de los comentarios, de la inteligencia y el cariño de muchas personas que se han tomado la molestia —en ocasiones repetida— de corregirlo y de explicarme a mí mismo con paciencia el libro que un poco a tientas trataba de escribir.

Verónica Bello, Mónica Caballero, Modesto Calderón, Pedro Casado, Mercedes Cebrián, Rafael Chirbes, Marcos Giralt, Miguel Goñi, José Hamad, Lourdes Hernández, Jorge Herralde, Leticia de Frutos, Marta Iglesias, Eduardo Lostao, Rafael Llano, Diana Martínez (a quien le debo, también, el título), Felipe Martínez, Javier Montes, Tomás Muñoz, Marta Pastor, Alberto Pina, Pablo Torres, Valentina Volpato.



ANDRÉS BARBA (Madrid, 1975). Se dio a conocer en 2001 con *La hermana de Katia* (finalista del Premio Herralde), excelentemente acogida por crítica y público, a la que siguieron *Ahora tocad música de baile*, *Versiones de Teresa* (Premio Torrente Ballester), *Las manos pequeñas* y *Agosto, octubre* y las *nouvelles* de *La recta intención*. Es también autor de *El libro de las caídas* en colaboración con el pintor Pablo Angulo. Su obra ha sido traducida a cinco idiomas.